





BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: B

Estante: 4

Número: 402

~~BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
— GRANADA —~~

~~Sala: B~~

~~Estante: 4~~

~~Número: 139~~



R. 5084

10992

# FÁBULAS

## POLÍTICO-SOCIALES

ORIGINALES

DE

D. JOAQUÍN DE PUERTA,

PRESBITERO.

B-4-139



*Veg. al n.º 57.*



GRANADA.


IMP. Y LIB. DE LA VIUDA É HIJOS  
de Paulino Ventura Sabatel,  
Mesones, 52.  
1891.



Presentado a la Biblioteca Universitaria  
y provincial en cumplimiento a la ley de Pro-  
piedad intelectual.

Granada 17 de Febrero de 1894.

Joaquín de Puerta



Á SUS MUY QUERIDOS PADRES

LOS SEÑORES

D. JOSÉ DE PUERTA ERAS

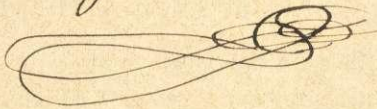
Y

D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> de la Encarnación López Romero,

dedica esta obra en prenda de su acendrado  
cariño, y les suplica la acepten, y rueguen á  
Dios desde el Cielo por su hijo

*El Autor.*

~~~~~  
*Esta obra es propiedad de su autor.  
Todos los ejemplares llevarán la firma  
y rúbrica del mismo.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.*  
~~~~~

*J. de Puerto*  




# PRÓLOGO.

---

En vano se han esforzado algunos escritores de Estética de nuestro tiempo por reducir el fin de las Bellas Artes á la sola manifestación de la belleza, considerando como perjudicial á sus obras el noble anhelo de moralizar al hombre. Protestan contra esta tendencia los más esclarecidos artistas de los pasados siglos, aún entre los paganos, que han puesto al servicio de la moral, tal como ellos la entendían, las obras magistrales de su ingenio; y no solo por natural propensión de su alma, sino por obra de la reflexión, sistemáticamente buscaban un bien ulterior al deleite, ora fuese la instrucción, ora el robustecer la voluntad en la práctica del bien. Valga por todos los testimonios el tan sabido axioma de Horacio: que llegó al colmo de la perfección el escritor que mezcló lo útil con lo dulce, proporcionando al lector deleite y enseñanza:

Omne tulit punctum qui mixcuit utile dulci  
Lectorem delectando pariterque monendó.

Varias son las formas que el Arte admite para conseguir este doble fin; pero pueden reducirse á dos: una abstracta y otra concreta; y aunque una imaginación viva y rica, que se valga de la primera, sabe hurtar el cuerpo á la aridez de la abstracción por medio de los tropos y las figuras literarias, dando cuerpo y voz á las ideas más alejadas del mundo

sensible; siempre es la segunda medio más fácil y perceptible á todos los hombres de hacer patente la verdad que se trata de inculcar. Consiste en una acción, ejemplo de todas las de su especie, cuyo éxito nos advierte y amonesta cómo debemos proceder en casos semejantes, ó qué puede esperarse de los intentos y móviles de sus actores y de los casos y acciones de la vida.

Entre todos los géneros poéticos, que usan de este artificio, el más sencillo, venerable por su antigüedad, estimable por su utilidad, y digno de loa por estar al alcance de la gente ruda, es la fábula. En ella, á veces hombres, á veces animales ó seres insensibles, á las veces unos y otros, acometen una acción que llega á término feliz en unos casos, y en otros solo proporciona á sus autores amargos desengaños.

La dicción sencilla y familiar, aunque delicada, la narración interesante, la personificación de los seres insensibles en conformidad con su carácter animado por la imaginación del poeta, de las pasiones y aficiones de los hombres, y la enseñanza que la acción contiene, son otros tantos elementos y causas del deleite que proporciona este linaje de composiciones.

Dicho ésto, á nadie parecerá extraño que personas respetables por su estado, por su saber y por su virtud, empleen sus ocios en cultivar este género literario. Pero aún hay una razón más en pro del libro al cual ha de servir de prólogo este breve y desaliñado razonamiento. La libertad de pensar ha producido, como no podía menos de ser, muchos y dañosísimos errores, y la facilidad pasmosa que proporcionan los adelantos modernos para propagar las ideas, han llevado á todas partes el veneno del sofisma, á cuyo calor ha nacido en el corazón humano un sinnúmero de aspiraciones, que hacen de la sociedad verdadero

campo de Agramante, en que todos se disputan, á nombre de falsos derechos, las ventajas del poder, de la ciencia y de los bienes que llaman de fortuna.

Ante este espectáculo, los espíritus rectos movidos del noble deseo, de que la verdad ilumine los entendimientos, y serene las conciencias, se esfuerzan por hacerse oír y poner las cosas en su punto, calmando los ardores de los combatientes, y apaciguando los ánimos. Mas las discusiones profundas no están al alcance de todos: las muchedumbres, que por la fuerza de las cosas, tienen que ser ignorantes de los fundamentos científicos, y que las ideas modernas han llamado al combate, y son por cierto los más ardorosos defensores de grandes desatinos, necesitan otras razones más claras que los principios abstractos; y el autor de estas fábulas ha estimado con razón que son de los mejores los ejemplos contenidos en esta clase de composiciones. Pertenecen al género de argumentación, que los lógicos llaman ejemplos, los cuales bien manejados son camino breve y fácil de alcanzar la verdad.

Entre otras ventajas, tiene la fábula, la de que siendo sus actores muchas veces seres de distinta naturaleza de la nuestra, sus chascos y desengaños parece que nos duelen menos; por lo mismo que tienen menos visos de sátiras personales las censuras de sus yerros y pasiones. El intento del autor ha sido, tén-galo el lector por cierto, no escribir nada que desdiga de la gravedad y alteza de su estado; y si el lector encontrase algo que contraviniese á éste propósito, atribúyalo más bien á malicia propia, ó á descuido involuntario del autor, que á intención dañada de éste.

Respecto al fondo de la obra, debo decir. Aunque los asuntos generalmente están tomados de los que

se comprenden con el nombre algo vago de políticos, advierta el lector, como verá si examina las fábulas con detenimiento, que no se condena ninguna forma de gobierno, ni el autor se propone defender ningún partido; sino que se limita á condenar los errores y el mal uso que hombres sin conciencia hacen de principios, á cuya sombra procuran el medro personal socolor de amor patrio y de entusiasmo por las ideas. El autor no aparece tan pesimista, á pesar de los desvaríos modernos, que quite toda esperanza del remedio de nuestras desdichas. Lejos de eso confía en la Providencia Divina, que no solo endulza los males presentes, sino que presta esperanza para los bienes futuros; al contrario de aquellos que haciendo consistir la felicidad únicamente en las glorias mundanas, al tocar la caducidad de los bienes terrenos, sienten; pero no ven claro, á causa de las impías tinieblas que envuelven sus entendimientos.

Respecto á la ejecución poco he de decir. Versificación fácil y agradable, pintura exacta de la índole de los personajes que intervienen en las fábulas, diálogos llenos de naturalidad y gracia, descripciones poéticas, sólida enseñanza, son otras tantas dotes, que avaloran esta obra.

Ella es, en fin, la expresión fiel de un espíritu recto, que airado contra el sofisma hoy reinante, lo fustiga con el ridículo. ¡Quiera el Cielo que sirva de medicina á los enfermos y de preservativo á los débiles!

Granada 27 de Diciembre de 1890.

Joaquín M.<sup>o</sup> de los Reyes García.

En cumplimiento de decreto del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, he examinado el libro titulado **Fábulas político-sociales**, y no he encontrado en él pensamiento alguno que se oponga á la Fé y sana doctrina: Este es mi parecer, salvo otro mejor.—Granada 8 de Octubre de 1890.—**Dr. Emilio de la Rosa.**

Vista la anterior censura del Dr. D. Emilio de la Rosa, Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse el libro titulado **Fábulas político-sociales**, compuesto por el Dr. D. Joaquín de Puerta y López, Cura propio de la Iglesia parroquial de San Andrés de esta ciudad.

Lo decretó y firma el Excmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, mi Señor, de que certifico.—Granada 10 de Octubre de 1890.—**El Arzobispo.—Dr. Leopoldo Granadino, Secretario.**



I.

## EL MANANTIAL Y EL RÍO.

---

Hay en país hermoso,  
una región espléndida,  
situada allá en la Atlántida  
ó en las islas aquellas,  
que Diodoro describe  
y el Tasso nos recuerda  
en uno de los cantos  
de su inmortal poema.

Domínale alto monte,  
el cual tiene en su cresta  
una caliza roca,  
que arroja por sus venas  
un Manantial, fecundo  
tesoro de su vega.  
Allí su asiento tiene  
la alegre Primavera  
con su corte de céfiros,  
que el ambiente refrescan.  
El agua cristalina  
parece juguetea  
cruzando la llanura

en multitud de acequias.  
Sus gotas son cristales,  
que á la luz representan  
culebras plateadas,  
y adornadas de perlas.  
Acá el mullido césped  
alfombra la pradera,  
y en el olmo robusto  
busca apoyo la yedra,  
que el grueso tronco abraza,  
que en las ramas se enreda,  
y la elevada copa  
dulce y tranquila besa.  
Allá el flexible sáuce  
con aire de coqueta  
al más pequeño impulso  
se cimbra y se doblega.

Fauno y Flora reunidos  
en amistad estrecha  
de animales y flores  
prodigan su riqueza.  
No falta el cedro sirio,  
ni arábiga palmera,  
ni el bambú de la India,  
ni el baobab de Guinea,  
ni el castaño de Europa,  
ni plátanos de América.  
Matices de escarlata  
la anémona presenta:  
jazmines su blancura:



familias de azucenas  
de colores variados  
adornan la floresta:  
y otras mil y mil flores  
hermosas y diversas,  
que esmaltan caprichosas  
las plantas y las yerbas.  
Todos los años Ceres  
abundantes cosechas  
regala á los que habitan  
en la comarca aquella,  
sin olvidar el lino,  
el cáñamo y la seda.

En fragantes corolas  
pululan las abejas  
gotas rubias formando  
del exquisito néctar,  
que cuidadosas guardan  
en ingeniosas celdas.  
Corderos retozones  
triscan en las praderas,  
y á lo léjos sus madres  
con balidos expresan  
los puros sentimientos,  
que les causa su ausencia.  
Jilgueros y canarios  
con sus canoras lenguas  
cánticos de cariño  
dirigen á sus hembras;  
mientras los ruiseñores

puestos de centinelas  
cercanos á sus nidos  
cantan dulces endechas,  
diciendo á sus amadas,  
que por sus vidas velan,  
y por los tiernos frutos,  
que sus nidos encierran.  
Y otras mil y mil aves  
por todas partes vuelan,  
desde el pájaro mosca  
á la hermosa oropéndola,  
hasta formar la escala  
zoológica más bella,  
que la vista sorprende,  
y el ánimo recrea;  
pues todos los colores,  
que la naturaleza  
derrama sin pinceles,  
combina sin paletas,  
en sus ligeras plumas  
y en sus colas se ostentan.

Más blancas que la nieve  
casas rústicas pueblan  
los risueños collados  
y las verdes praderas,  
ya solas, ya formando  
bellísimas aldeas  
rodeadas de acacias,  
naranjos y palmeras,  
donde los naturales

descansan, y se albergan.  
Patriarcales costumbres,  
leyes justas y rectas  
con rigor aplicadas,  
al que no las respeta,  
de aquellos moradores  
forman la norma y regla;  
y evitan los disgustos,  
y los pleitos cercenan,  
y hacen casi imposibles  
las luchas y contiendas.

Allí jamás el lujo  
pudo plantar sus huellas,  
ni la miseria triste,  
su digna compañera.

En fin, el bravo Marte  
nunca puso sus tiendas  
en aquellas mansiones  
de paz y de grandeza,  
donde ventura nace,  
y la justicia reina.

No hay manantial alguno  
sobre el ház de la tierra,  
que dé frutas mejores,  
ni mejores cosechas,  
dando en cuanto se puede  
en este mar de penas,  
de tristezas y lutos  
felicidades ciertas,  
llamársele debiendo

Manantial de riquezas.  
Un Río, no citado  
por bardos, ni poetas,  
lamiendo el alto monte  
sus turbias aguas lleva,  
y el país ya descrito  
su corriente atraviesa.  
—¿Manantial desdichado,—  
(argúyele en su lengua)  
—en el extenso mundo  
qué papel representas?  
Un pequeño circuito  
constantemente riegas,  
y tu asiduo trabajo  
nunca, jamás prospera.  
Arrójate en mi lecho,  
y verás tierras luengas,  
donde civilizados  
muchos pueblos se encuentran.  
Verás lleno de asombro  
el lujo que se ostenta  
en grandes edificios,  
cuyas cúpulas llegan  
hasta tocar las nubes,  
que amontonadas pesan  
sobre nos, y del aura  
al leve impulso juegan.  
Tu líquido inflamado  
dará valor y fuerza  
á los ferrocarriles

que no andan, sino vuelan.  
Tu animarás los tilos  
de alegres carreteras,  
donde elegantes coches  
vertiginosos ruedan.

En transparentes copas  
de cristal de Bohemia  
te besarán los labios  
de plácidas doncellas  
y de apuestos galanes  
de la más alta escuela:  
y bañarás sus cuerpos,  
mojarás sus cabezas,  
y te verás unida  
á olorosas esencias.  
De muchos abogados,  
primores de elocuencia,  
de formas admirables  
y de frases correctas  
¡cuántas veces tu líquido  
refrescará sus lenguas!  
Entrarás de mil modos  
en las cámaras regias,  
ya sola, ya formando  
tantas y tantas mezclas  
que ni mente concibe,  
ni memoria recuerda.  
En los cafés magníficos,  
en las fondas espléndidas  
hallarás en la azúcar



muy digna compañera,  
y serán tus amigos  
el vino, la cerveza  
y todos los licores  
de la industria moderna.  
En los azucarillos  
entrarás por las puertas  
del templo de las leyes,  
soberbias asambleas,  
do padres de la patria  
al mundo regeneran,  
y en sus cultos cerebros  
germinan más ideas,  
que hay frutas en verano,  
flores en primavera,  
arenas en los mares  
y en los cielos estrellas.

En tinta transformada  
los tipos de la imprenta  
colorarás, y entonces  
convertida en gaceta,  
en periódico, libro,  
caricatura, etcétera,  
tu cruzarás los mares,  
treparás por las sierras,  
y de un polo á otro polo  
andarás el planeta,  
viéndote traducida  
en multitud de lenguas.  
Serás arma terrible

de tan fuerte potencia,  
que moverás ejércitos  
á muy sangrientas guerras:  
derrocarás los tronos,  
crearás naciones nuevas,  
y de trastornos germen,  
y móvil de soberbia,  
serás en absoluto  
monarca de la tierra.—  
Calló el Ríó; y atónito  
el Manantial no encuentra  
palabras, que acrediten  
su gratitud inmensa,  
y expresa con las obras  
lo que decir no acierta.  
Combate impetuoso  
los bordes de la acequia,  
que el curso de las aguas  
dirige y encadena;  
mas cuando en punto débil  
preparaba ancha brecha,  
de punto en blanco armada  
aparece Minerva,  
que como todos saben,  
es diosa de la ciencia  
é irritada le dice:  
—El ímpetu refrena,  
Manantial insensato.  
¿De sabia providencia  
burlar quieres las leyes?

¿Dónde tus aguas tersas  
darán mejores frutos,  
que en esta fértil vega?  
El país más felice,  
sueño de los poetas  
antiguos y modernos  
fecundas y gobiernas;  
y sin prever el daño  
que causará tu ausencia,  
¿por buscar aventuras  
abandonarle intentas?  
Si en el Rfo te arrojas,  
¿sabes lo que te espera?  
Perder tu autonomía:  
tus aguas serán siervas  
sin libertad alguna  
de unirse cuando quieran,  
perdiendo para siempre  
su diáfana limpieza.  
Oh! las grandes naciones,  
que tú admirar deseas,  
ese feliz sosiego,  
que tanto á tí te inquieta,  
por diversos caminos  
buscan, y no lo encuentran.  
Sus moradas suntuosas  
preside la soberbia,  
y á su lado en tugurios  
brutal vicio se alberga.  
Filósofos, políticos



ser felices anhelan,  
aunque para lograrlo  
eligen la peor senda.  
Más grande es á mis ojos  
cualquier nación pequeña,  
do el sol de la justicia  
y el bien moral imperan,  
que esas naciones vastas,  
que con injustas guerras  
sus límites extienden,  
llevando por do quiera  
disolución y vicios,  
impiedad y miseria,  
que son de propia casa  
cuotidiana cosecha.  
Grande no és quien más tiene;  
és quien más no desea.  
El Manantial contuvo  
sus destructoras fuerzas,  
y sigue fecundando  
aquella hermosa tierra,  
do brilla todavía  
la luz de la inocencia.  
¿Quereis hombres de Estado  
prosperidades ciertas?

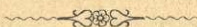
*En locas aventuras  
no malgasteis las fuerzas,  
ni en reformas que el pueblo,  
ni quiere ni desea.  
Respetad las costumbres,*

*las leyes y creencias,  
que el transcurso del tiempo  
pruébanos que son buenas.  
Pues si rompeis el cauce,  
y con otras se mezclan,  
sembraréis divisiones,  
partidos y quimeras,  
y reino dividido  
tiene su ruina cerca.*



## II.

# EL SAUCE Y LA ENCINA.



En la margen de un barranco,  
no muy lejos de su cauce,  
radicaba un tierno Sauce  
en suelo fértil y franco;

    y en la pendiente vecina  
entre riscos y entre breñas  
torturada por las peñas  
moraba vetusta Encina.

    El Sauce sin caridad  
á la Encina motejaba,  
y de este modo le hablaba  
hinchado de vanidad.

    —Mira que lozano estoy  
en este paraje ameno:  
de savia nutrido y lleno  
el rey de esta cuenca soy.

    Tú vives entre breñales  
sin alimenticio jugo,  
sufriendo continuo yugo,  
de miserias y de males.

    Un manto verdoso y tierno

preserva este cuerpo mío  
del calor en el estío,  
de la escarcha en el invierno;  
    en tanto que por tu daño,  
gracias al hado enemigo,  
sufres con débil abrigo  
las inclemencias del año.

    Pero en cambio, yo, si el viento,  
hijo de naturaleza,  
atácame con rudeza,  
y en mi corteza lo siento,  
    me someto sin apoyo,  
no me opongo á su camino,  
y tronco y ramas inclino  
hasta besar el arroyo.

    Tú, tenaz no cedés nunca:  
resistiendo su coraje,  
jamás doblas tu ramaje  
aunque sepas que le trunca.

    Tal terquedad y dureza  
inexorable castiga;  
y á mí siempre, cual amiga,  
me trata naturaleza.—

    —Sin duda has perdido el juicio—  
dijo la Encina—á fe mía;  
¿es virtud la cobardía  
y la fortaleza vicio?

    ¿Tú qué vales, árbol fútil,  
¿el mundo de tí qué espera?  
es inútil tu madera

y tu fruto más inútil.

Por que usurpas ese puesto,  
que es de mucha utilidad,  
te ciega la vanidad:  
fíjate muy bien en esto.

Domínate el egoísmo;  
y sin hacerte yo daño,  
me insultas de un modo extraño,  
sin conocerte á tí mismo.

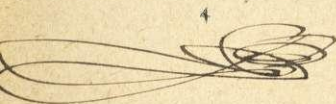
En vez de partir derechas  
al cielo tus ramas finas,  
á la tierra las inclinas,  
porque la tierra aprovechas:

y si al vendabal inquieto,  
que nos azota terrible  
te humillas siempre flexible,  
es por temor, no respeto.

Por estas y otras razones  
el mundo de tí se mofa,  
y á los sauces de tu estofa  
les llama sauces llorones.

Contéstame.—Fuera necio—  
airado el Sauce replica,  
—la que como tú se explica  
solo merece desprecio.—

*Políticos, que besais  
las plantas del poderoso,  
y al que es pobre y virtuoso  
con menosprecio tratais;  
aprended esta lección,*



*estudiaos por todos lados,  
y os veréis fotografiados  
en ese Sauce llorón.*



### III.

## EL PARLAMENTO FEMENINO.

---

Cuéntase, que cierto día  
en toda la Berbería  
la luz solar se tapó,  
y un estrépito se oyó,  
que nadie explicar sabía.

Aquel infernal ruido  
al del volcán parecido,  
no era del viento, que zumba,  
ni del trueno, que retumba,  
era más raro el zumbido.

¡Estruendo descomunal!  
No se ha sentido otro igual.  
Temióse que al firmamento  
socavasen su cimiento  
genios terribles del mal:

tal, que un nieto del Profeta  
exclamó, no es cuchufleta,  
trémulo, dando traspies:  
«esto que escuchamos, es  
el estertor del Planeta.»

Los pájaros asustados

volaban por todos lados:  
los cuadrúpedos ligeros,  
sin rumbo, ni derroteros,  
corrían desatinados:

y dejaron sus cubiles,  
no á centenares á miles,  
locos de espanto y terror,  
al sentir aquel fragor  
los insectos y reptiles.

Asombraos, caros lectores;  
mas sin sustos ni temblores:  
mirad el caso con pausa,  
y os contaré yo la causa  
de esos máximos horrores.

Ha llegado ya el momento.  
El trastorno, fundamento  
de tan general pavora,  
lo produjo la apertura  
solemne de un Parlamento.

Parece un cuento de viejas.  
Era de Avispas y Abejas  
reunidas para pactar  
firme alianza, y borrar  
enemistades añejas.

Júpiter, dios anticuado,  
todavía respetado  
por poetas de gran seso,  
abrió en persona el Congreso  
sumamente disgustado;  
pues creía con razón,



según la convocación,  
que una y otra raza alada  
mandase una diputada  
solo por cada región;

pero bravas, sin temer  
su perdurable poder,  
ni su furor iracundo,  
todas las del vasto mundo  
lograron comparecer.

El dios, que nunca se abisma,  
transigió temiendo un cisma,  
y con voz altisonante  
habló así:—representante  
sea cada cual de sí misma.

Tomad la que pueda asiento.  
Aunque no haya reglamento,  
guardia, maceros, ni ugieres,  
ni muchos otros enseres,  
queda abierto el Parlamento.—

Fué tan magna la explosión  
en tan extraña reunión  
de vítores y alegría,  
que toda la Berbería  
púsose en consternación.

Oh! Dicho estruendo quizás  
no terminara jamás,  
si Jove, empuñando el rayo,  
que produjo algún desmayo,  
no se impusiera á las más.

El orden restablecido,

el dios Olímpico erguido  
la presidencia ocupó,  
y en su trono se sentó  
diciendo:—Silencio pido.

Yó, que por menos desmanes,  
encarcelé á los titanes,  
por ser míos desde luego  
aire, agua, tierra y fuego,  
juro por los fieros manes,  
que aplicaré la justicia  
con valor y con pericia,  
sin mitigar su rigor  
ni soborno, ni favor,  
ni amenaza, ni caricia.

Decid, pues.—Al terminar  
el dios Tonante de hablar,  
los ojos echando chispas,  
lo mismo Abejas, que Avispas  
gritaban todas al par.

Ya se burlan, ya se quejan,  
se insultan, y se motejan,  
y óyense frases ¡qué horror!  
que de muchas el honor  
harto maltratado dejan.

Jove las conminó en vano;  
y aunque lanzó con su mano  
rayos mil de furia lleno,  
y roncó el terrible trueno  
con su fragor sobrehumano,  
que callaran no logró;

hasta que al fin se cubrió,  
y bajando de su trono  
hinchido de justo encono  
al Olimpo se marchó.

Y diz, que por el camino  
repetía de continuo:

»¿cómo yo ¡necio de mí!

»el final no precaví

»de un Congreso femenino?»

*Ilusos, que ceder  
pretendeis á la mujer  
igual derecho que al hombre,  
este ejemplo no os asombre,  
y procuradlo aprender.*

---

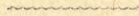
IV.

LA CIENCIA INFUSA.



Sofía le preguntó  
á su padre muy confusa:  
—¿dónde está la Ciencia Infusa?  
¿podré conseguirla yo?—

El padre le contestó:  
—nunca la obtendrás Sofía.  
*En esa Ciencia, hija mía,  
con ayuda del demonio  
fundó especial patrimonio  
la político-manía.*



V.

LA TEMPESTAD Y EL TERREMOTO.

---

Preguntó la Tempestad  
cierto día al Terremoto:  
—¿tú de qué partido eres?—  
y le contestó:—del rojo.—  
—Esa respuesta, mi amigo,  
me ha causado grande asombro;  
pues yo soy signalamática,  
y te creí mi consocio  
por tus obras.—Así es.—  
Dijo á la primera el otro:  
—ambos partidos, amiga,  
diferéncianse muy poco.  
*Los dos á la sociedad  
regalan graves trastornos.*

---

VI.

EL BURRO Y EL LOBO.



En un monte cercano á Andalucía,  
según de los informes yo discurro,  
un Lobo tropezó ¡qué anomalía!  
sin amo ni arriero con un Burro.

Era de buena estampa, muy lozano,  
de oscura crín, bellísima culata,  
y según el criterio de un gitano,  
valía una onza de oro cada pata.

No había salido aún de la inocencia,  
la existencia del mal no conocía,  
y aunque estaba la fiera en su presencia,  
ignoraba el peligro que corría.

—¿No me conoces?—preguntóle el Lobo  
al verle tan tranquilo y tan sereno.

—¿Qué me importa? Serás un señor probo—  
el Burro contestó—piadoso y bueno.—

—Aunque soy carnicero por natura  
te ofrezco mi amistad—dijo la fiera:  
—me agrada tu talante y tu figura,  
y educarte prometo á mi manera.

Amo la ilustración, amo el progreso,

cuanto vale al provecho de mi panza,  
y de carne no más sola, ó con hueso,  
formalizo á mi gusto la pitanza.

Tú eres enemigo declarado  
de yerbas, de maizales y de mieses;  
mientras que cortas tallos en el prado,  
yo también en el prado cazo reses.

Como intereses grandes ni pequeños  
comunes no han de ser, nunca habrá riñas,  
y unidos en la lid seremos dueños  
de montes, prados, bosques y campiñas.—

—Pláceme tu amistad—dijo el Borrico:  
—me libraré del freno y de la albarda;  
mas cómo he de lidiar, yo no me explico,  
la carencia de medios me acobarda.

—Necio—replicó el Lobo:—el casco duro  
de tus patas, si aplicas con destreza,  
al animal más fuerte, de seguro,  
lograrás destrozarle la cabeza.

Juzgarte débil, es un desatino:  
con costumbres y prácticas feroces,  
y ensayos mil, para operar con tino  
¿quién se libertará de un par de coces?—

El Burro adquirió pronto hábitos fieros,  
suma velocidad en la carrera,  
sumo acierto en los dos cuartos traseros,  
y tan mala intención como la Fiera.

Paz envidiable entre los dos reinaba,  
cada cual á su aliado protegía;  
si el Lobo los corrales asaltaba,

el Borrico de tranco le servía.

En cambio el Lobo de su amigo al lado  
sírvele de custodio y centinela,  
y mientras come pastos de su agrado,  
por su seguridad constante vela.

Una noche, trabada en un rastrojo  
hallaron una burra tan hermosa,  
que el Asno decidió darle á su antojo  
el honorable título de esposa.

El Lobo, que la juzga buena presa,  
llevado de su instinto carnicero  
escucha el plan del Burro con sorpresa,  
y á su realización se opone fiero.

Esto excitó la furia del Borrico,  
que gritando:—á mi amada nadie toca—  
tal par de coces dióle en el hocico  
que al Lobo no dejó hueso en la boca.

*El que adiestre en las armas del estrago  
al ignorante pueblo, aplique el cuento,  
y conseguir no extrañe el mismo pago,  
que al imprudente Lobo dió el Jumento.*

---



VII.

EL GITANO Y EL COMPADRE.

~~~~~  
Es menos difícil  
ver un grajo blanco,  
un cerdo casero  
que no sea marrano,  
ó en raza gatuna  
un tricolor macho,  
que esté sin compadre  
cualquiera gitano.

Vive vagabundo,  
libre como el pájaro;  
olvida su pueblo,  
sus déudos y hermanos,  
y hasta á olvidar llega  
los filiales lazos;  
pero á su compadre  
no olvida el gitano.

A cualquier pariente  
del compadre caro  
grave le saluda  
con sombrero en mano,  
aunque el parentesco

no lo alcance un galgo;  
y siempre le llama  
compadre el gitano.

No respeta amigos,  
ni á propios, ni á extraños,  
ni á alcaldes, ni á curas,  
ni á niños, ni á ancianos,  
ni á reyes, ni á roques,  
ni á santos, ni á diablos;  
pero á su compadre  
respeta el gitano.

El mejor amigo,  
el mejor oráculo,  
el más caballero,  
el más campechano,  
el hombre más noble,  
el más bueno y santo  
es siempre el compadre  
para el buen gitano.

A pesar de todo  
lo que llevo hablado,  
en este momento  
se me ocurre un caso,  
único en su especie  
por lo extraño y raro,  
que con su Compadre  
le pasó á un Gitano.

Para dar el grito  
revolucionario,  
libertar al mundo

del orden tirano,  
y echar por lo menos  
lo existente abajo,  
un día el Compadre  
díjole al Gitano.

—Coja la escopeta  
y á la guerra, al campo.  
Sin leyes, ni jueces,  
jefes, ni soldados,  
ni reyes, ni obispos,  
seremos los amos;—  
pero á su Compadre  
contestó el Gitano.

—Compadre, yo siento  
no ser de su bando.  
Si esquilo un borrico,  
si tejo un canasto,  
si como, si bebo,  
si canto, si bailo,  
ninguno incomoda,  
Compadre, al Gitano.

Con herir á uno,  
y matar á cuatro,  
y dar muchos gritos,  
¿qué voy yo ganando?  
Que algunos se suban  
á los puestos altos,  
y yo nunca pase  
de ser un gitano.

Pero si el negocio

sale mal, en cambio,  
será por la argolla  
mi cuello estrujado,  
ó roto mi cuero  
por cuatro balazos,  
de mofa sirviendo,  
Compadre, el Gitano.

Todos los gobiernos  
sacarán los cuartos:  
y habrá lobos fieros  
y corderos mansos:  
será el bueno bueno,  
será el malo malo,  
y yo seré siempre,  
Compadre, Gitano.—

*¡Cuánto se ganára  
si el pueblo sensato  
á tantos compadres  
y apóstoles falsos,  
que por medro propio  
les van predicando,  
dieran la respuesta  
de nuestro Gitano!*



## VIII.

# LA MONTAÑA ENFERMA.



En una de las islas, que el mar Índico baña  
se eleva gigantesca espléndida montaña,  
portento de hermosura, del sabio admiración.  
En sus fecundas faldas las plantas y las flores  
del trópico más bellas combinan sus colores,  
y la natura, galas de su vegetación.

Presenta ante los ojos tan lindo panorama,  
apenas coruscante el sol su luz derrama,  
que el alma se trasporta á otro mundo ideal.  
Oh! ¿Quién presumir puede, que la montaña aquella  
la más bella del mundo, y más feraz que bella,  
oculte en sus entrañas un cáncer colosal?

Su cuerpo éste tortura, feroz simas abriendo,  
do masas de granito horrisonas cayendo,  
botando y rebotando arrastran otras mil:  
é hinchados por el fuego los gases forcejean,  
y la trémula mole furiosos balancean,  
la mueven, y la agitan con vértigo febril.

Se agrava cada día el mal de la Montaña;  
no obstante que su aspecto á todo el mundo engaña,



y su morboso cáncer ensánchase á la par:  
y témesese que al cabo su masa corroida  
arranque de cimientos tremenda sacudida,  
la hunda, y la sumerja en el vecino mar.

*¿No están cual la Montaña naciones, cuyo seno  
abriga entre sus venas mortífero veneno  
del cáncer corrosivo de la revolución?*

*Pasiones desbordadas sin Dios, ni patriotismo,  
empújanlas furiosas al fondo del abismo,  
que encierra esta palabra: desmoralización.*

---

## IX.

# LA ABEJA Y EL AVISPÓN.



Trabajadora Abeja cierto día  
los bosques y las selvas recorría  
seducida por mágicos olores  
de las hermosas flores,  
do encuentra el jugo de color de oro,  
que después deposita en su tesoro.

Al acercarse á un árbol casi seco,  
del viejo tronco carcomido y hueco  
sale un cruel Avispón de mal talante,  
mirada torva y aguijón puzante;  
pero la Abeja astuta  
al punto que lo vé, muda de ruta,  
divisa en dura roca raja estrecha,  
y la ocupa veloz como una flecha.

La abeja es siempre el plato favorito  
del avispón maldito,  
que acostumbra engullir en un momento  
sin algún culinario condimento.  
Llégase á la angostísima abertura:  
inútilmente penetrar procura,  
é hipócrita, ocultando fiero encono,

dice á la Abeja con meloso tono.  
—¿Por qué te escondes? Vengo como amigo  
á ponerte á mi abrigo,  
ejerciendo el loable ministerio  
de sacarte de un duro cautiverio,  
ya que tu raza brava  
es de un cruel servilismo vil esclava.  
El yugo sufres bárbaro y tirano  
de despótica Reina, en cuya mano  
pones humilde, como buen tributo,  
de tu asiduo trabajo el caro fruto.  
¿Es justo que en labrar la miel y cera  
pases la vida entera,  
porque tranquilos tengan por sustento  
el más dulce alimento  
esos zánganos y esa perezosa  
Reina de hacienda y vidas ominosa?  
¿Cómo siendo tan libre, á tí te plugo  
fiel someterte á su oneroso yugo?

Vente conmigo, propaganda haremos  
y un partido invencible formaremos,  
que arrojará, multiplicando enconos,  
á zánganos y á reinas de sus tronos.—  
—¡Sublime plan!—contéstale la Abeja.  
—Formaremos lindísima pareja,  
hasta que por el hambre molestado  
atraveses mi cuerpo de un bocado.—  
—Te trastorna el pavor. Nuestro partido  
fundado en un progreso indefinido  
guerra hará sin piedad á los tiranos;



los demás viviremos como hermanos.  
Iguales los derechos,  
iguales los provechos,  
sin motivos de riñas ni disgustos,  
todas justas serán y todos justos.—  
—Muchas gracias—le dijo la escondida  
Abeja:—no saldré de esta guarida,  
no obstante tus promesas y consejos  
hasta tanto que estés lejos, muy lejos;  
pues adopto el principio en absoluto  
que nunca el árbol malo dá buen fruto.

*No juzgueis los partidos por los nombres;  
sino por la conducta de sus hombres:  
la razón con la lógica previene,  
que nadie puede dar lo que no tiene.*

---

## LA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA.



Pese, ó no pese á los críticos,  
por mi derecho autonómico,  
abusando del esdrújulo,  
se me ha ocurrido este apólogo.

Una Comisión Científica  
salió á estudiar los fenómenos  
y hasta las costumbres prácticas  
de los seres microscópicos.

El personal componíanlo  
el director de un periódico,  
dos médicos homeópatas,  
un jurisconsulto astrónomo,  
un famoso farmacéutico  
especialista en narcóticos,  
un ingeniero mecánico,  
tres consumados filósofos:  
uno darvinista acérrimo,  
el otro krausista indómito  
y el tercero torpe cínico  
y feroz anticatólico.

Iba además una pléyade

de físicos, de arqueólogos,  
de poetas muy románticos,  
de acuarelistas, litógrafos:  
en fin, un pequeño ejército  
de personajes anónimos,  
que anhelaban ganar títulos,  
y ser unos sabios póstumos.

¡Qué expedición tan magnífica!  
nunca en los siglos retrógrados  
se dió tan gran espectáculo  
con fines tan filantrópicos.

Fueron al centro del África:  
recorrieron los recónditos  
bosques de las dos Américas;  
islas formadas de pólipos  
del nuevo mundo Océanico:  
los lugares más incógnitos  
de la grande isla Austrálica;  
hasta los países mórbidos  
del Indostán, y algún árido  
campo de los climas tórridos

La Expedición llegó al término;  
y á pesar de los heróicos  
trabajos, no hubo más víctima,  
que un entusiasta geólogo,  
que encargó fuera su túmulo  
de una sima el fondo cóncavo,  
buscando ser fósil típico  
por algún trastorno cósmico.

Al regresar ¡o qué júbilo

el entusiasmo patriótico  
en las fiestas revelábase  
de un modo estupendo, insólito;  
solo faltaron taurómacas  
por no permitirlo el código.

Aquella Comisión célebre  
condujo tipos micróbicos  
propios de la Zona Tórrida,  
ó indígenas de los Trópicos;  
que según todos los cálculos  
de su darvinista órgano  
eran adecuados gérmenes  
de seres antropomórficos.

De su misión excediéndose  
por su fiel amor al prójimo,  
trajo ejemplares botánicos  
muy bellos por ser exóticos;  
porque juzgaban idénticos  
los puntos climatológicos.  
Además hermosos pájaros,  
reptiles é insectos hórridos,  
en fin, lo extraño y rarísimo  
de todo el mundo zoológico.

Pero las fiestas trocáronse  
pronto en pánico hiperbólico.

¿Anhelas lector carísimo  
conocer los frutos óptimos  
de tanto trabajo épico  
y de tanto gasto pródigo?  
¿No los conoces? Escúchalos:

hé aquí el cuadro sinóptico.  
El cólera morbo asiático  
con sus calambres y vómitos:  
calenturas epidémicas  
con caracteres anómalos:  
los gérmenes filoxéricos,  
ruinas de países próximos:  
y animales tan inútiles  
como molestos é incómodos.

*Dan resultados análogos  
los ensayos estrambóticos  
de leguleyos estúpidos,  
de gobernantes utópicos,  
de soñadores artísticos,  
de juglares filosóficos,  
y de industriales estériles,  
y de escritores sin prójimo,  
que privados de sindéresis  
y conocimientos sólidos,  
son las plagas faraónicas  
de nuestro siglo antilógico.*

---



# LA ENSEÑANZA LIBRE.



Un sabio naturalista  
de escuela enciclopedista,  
como si fuera un tesoro  
ganado en una conquista,  
trajo de América un Loro.

De catedrático estaba,  
y con el Loro moraba  
en cierta Universidad,  
que de todo se enseñaba  
con entera libertad.

El animal repetía  
lo que en las aulas oía;  
y algún interlocutor  
hubo, que lo confundía  
sin verlo con un doctor.

Volvió á América á marchar  
con el Loro el sabio nuestro;  
poco después de llegar,  
el Ave logró escapar,  
y burlar á su maestro.

Cuando en su tierra lo ven  
parientes y conocidos,  
todos dan el parabien;  
pero quedan sorprendidos  
al oírle hablar tan bien.

De su gran ciencia la fama  
volaba de rama en rama,  
y no había papagayo,  
ó cotorra ó guacamayo,  
ya fuera galán ó dama,  
que percibir no quisiera  
de su ciencia el aluvi6n,  
dando una muestra certera,  
que la civilizaci6n  
hasta en los loros impera.

Para m6s prosperidad  
de su pueblo, el h6roe nuestro  
fund6 una Universidad,  
siendo sin dificultad  
su director y maestro.

Á los loros m6s audaces,  
y sobre todo locuaces,  
di6 t6tulos de doctores,  
y los nombr6 profesores  
reput6ndolos capaces.

Sin embargo, se asegura,  
hubo algunos ¡qu6 locura!  
que opusieron resistencia,  
á explicar su asignatura  
por desconocer la ciencia.

Pero el sabio Fundador  
quitóles todo temor;  
pues reunió á los profesores,  
y con aire de doctor  
les dijo á todos:—Señores,

Si nuestra Universidad  
pretendemos que se encumbre,  
y adquiera celebridad,  
es menester que la alumbre  
el sol de la libertad.

Deponed toda zozobra  
por vuestra crasa ignorancia;  
para cimentar la obra,  
que ha de ilustrar nuestra infancia  
tenéis talento de sobra.

Tomad tinte artificial  
de efecto, de relumbrón,  
y charlad de todo mal:  
seréis sabios; así son  
hoy por regla general.

Es más; hallareis el modo,  
aunque hagais una ensalada,  
de mil cosas salpicada,  
de charlar mucho de todo,  
aunque no entendais de nada.

Nunca, nunca os atajeis;  
como en libertad estais,  
cuando en cátedra explequeis,  
no decid lo que debeis;  
sino aquello que sepais.



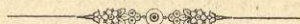
Así seguid hasta el fin:  
y de la fama el clarín,  
para que el mundo se asombre,  
repetirá vuestro nombre  
del uno al otro confín.—

Careciendo del recurso  
de hacer palmas, urras, bravos  
pusieron fin al discurso,  
marchando los del concurso  
encendidos como pavos.

Al ver aquel embolismo  
cierta urraca en confianza,  
dijo á una amiga.— *Es lo mismo  
fundar la libre enseñanña,  
que el libre charlatanismo.*

---

## LOS LIBREPENSADORES.



Un Gazapo gritos daba,  
mientras que su padre atroz  
le mordía y maltrataba  
de una manera feroz.

Estaba un Grillo presente,  
y dijo:—ten caridad.  
¿Así ejerces inclemente  
la paterna autoridad?

—Tengo sobre mi hijo imperio,—  
el Conejo respondió:  
—obro según mi criterio  
¿quién puede impedirlo?—Yo,—

Dijo una fea garduña,  
lanzándose sobre él,  
y no quedando una uña,  
que no clavara en su piel.

—Me dicta mi pensamiento,  
que me arroje sobre tí,  
y del modo más cruento  
te quite la vida aquí.—

—Bien.—Dijo un Lobo saltando  
sobre los dos con furor,  
ambos cuerpos destrozando.

—Yo soy librepensador.—

—Aquella escena tuviera  
pronto en su estómago fin,  
si al punto sobre la fiera  
no se arrojara un Mastín  
diciendo:—¿qué es lo que escucho?  
opinas, piensas muy bien;  
pues soy, hace tiempo mucho,  
librepensador también.

En uso de mi derecho  
voy contigo á combatir,  
no quedando satisfecho  
hasta que te vea morir.—

Mientras que el Mastín la muerte  
al Lobo causarle osó,  
el Grillo con tono fuerte  
aquesta copla cantó.

—*Siendo el libre pensamiento  
ley de la vida social  
¿quién contendrá el movimiento  
del salvajismo brutal?*

---

## LOS MONOS Y EL JAGUAR.

---

Dos Monos á dos árboles se asían,  
otros muchos se fueron engarzando,  
y una larga cadena así cerrando  
en forma de columpio se mecían.

Equilibrios gimnásticos hacían;  
mas súbito un Jaguar, feroz saltando,  
rompe el columpio, un mono desgarrando,  
mientras los otros en tropel huían.

También la diplomacia según veo,  
cual los monos preséntase en escena,  
y á su equilibrio llámale europeo;

*mas solo al débil á su antojo enfrena,  
porque el fuerte consigue su deseo,  
como el Jaguar rompiendo la cadena.*

---

XIV.

EL ALBOROTO EN EL HOSPITAL.



Siéntese ruido  
jamás oído  
bajo las bóvedas  
de un hospital;  
no es el del viento,  
ni es el lamento,  
que exhala mórbido  
ser racional.

Se oyen rumores,  
voces, clamores,  
blasfemias hórridas,  
que dan pavor:  
muévense lechos,  
suelos y techos,  
efecto físico  
de su fragor,

Mas los desgraciados,  
que yacen postrados  
¡oh raro fenómeno!  
recobran salud;



y sin excepciones  
corpóreas funciones  
de todos regúlense  
con exactitud.

Porque enfermedades  
de mil variedades  
con saña y estrépito  
peleándose están:  
se insultan, se irritan,  
se mueven, se agitan,  
producen escándalos,  
ya vienen, ya van.

Bajo todos aspectos  
en cara los defectos  
arrójense impertérritas  
con acriminación:  
se hostigan y se ofenden,  
ningunas se desfienden,  
y están convencidísimas,  
que no tienen razón.

Quizá nunca acabára  
la riña y algazara;  
mas Jupiter olímpico  
decídese á bajar.  
A unas las reprende,  
á otras las suspende  
de sueldo y de bucólica,  
y lógralas calmar.

Apenas se disolvieron,  
á sus costumbres volvieron,

blandiendo el funesto látigo  
de tormento y de dolor:  
probando con sus acciones  
en todas las ocasiones  
sin disputas, ni polémicas,  
que cada cual es peor.

*Del mismo modo nefandos  
luchan políticos bandos,  
enfermedades endémicas,  
que abruman la sociedad,  
resultando cada día  
de su eterna algarabía  
y sus obras, como síntesis:  
ser una calamidad.*

---

## El Caballo, la Cebra y el Camello.



En el centro de un páramo africano  
un Caballo á una Cebra le decía:  
—nuestra vida peligra, amiga mía,  
si habitamos más tiempo en este llano.

De granos y de pastos carecemos:  
escasas yerbas que conserva el frío  
desaparecerán en el estío,  
y víctimas del hambre moriremos.—

—Marchémonos—la Cebra le contesta:  
—por tan pequeña cosa no desmayo;  
émula soy del viento.—Yo del rayo:—  
dijo el Caballo, y á correr se apresta.

Excitados los dos, en cuanto cabe,  
marcháranse veloces, si un Camello  
ostentando su giba y largo cuello,  
no llegara hasta allí con rostro grave.

Crúzanse los saludos más corteces;  
y enterado el Camello del asunto  
les dice:—sosegad; yo marchó á un punto,  
donde abundan los granos y las mieses.



En esta línea está; no tiene nombre.  
Seréis mis compañeros de viaje:  
no temamos ninguno el vasallaje,  
que nunca allí su planta puso el hombre.—

—Marchemos, pues.—Contestan, polpes dando  
en el suelo impacientes Cebra y Potro.

—Descanso necesito:—dice el otro  
—he estado largo trecho caminando.

Quiero dormir.— —¿Dormir? ¡Qué desatino!—  
exclaman á la par los impacientes:  
y orientados emprenden diligentes,  
como dardos ligeros el camino.

La Cebra iba delante. Sin concierto  
corre más cada vez, tuerce la vía,  
cual sin timón la nave, se extravía,  
y se pierde en la arena del desierto.

Sigue el Caballo su veloz carrera,  
sus esfuerzos redobla en cada instante  
engañado, creyendo va delante,  
sin la ruta perder, su compañera.

Aprieta más y más; nada le abruma:  
ni cuestras, ni peñascos; resoplando,  
no corre, salta, vuela, blanqueando  
su negro pelo vaporosa espuma.

Pronto no se da cuenta de sí mismo;  
ni oye, ni ve, ni siente lo que toca;  
hasta que al fin en su carrera loca  
se despeña, cayendo en un abismo.

El Camello, con paso reposado,  
sin faltar al clamor de la prudencia,

teniendo como norma la paciencia,  
llegar consigue al punto deseado.

*Gobiernos, que sin tino y con exceso  
por correr malgastais las principales  
fuerzas de la nación, funestos males  
por fruto cogereis, jamás progreso.*



## XVI.

### El Jabalí y la Víbora.

---

—¿Porqué siempre te plugo  
perseguirme tenaz con dura saña,  
y oficio de verdugo  
practicás ¡cosa extraña!  
contra mi raza que jamás te daña?  
¿Tú tan severo, tan formal y fuerte  
defiendes la inmoral pena de muerte?—

Una Víbora astuta  
tal reflexión dirígele cobarde  
por topar en su ruta  
al Jabalí una tarde,  
de gran moralidad haciendo alarde.  
Sin darse cuenta el Jabalí del acto,  
al oírle quedóse estupefacto;  
pero ya más sereno  
exclama:—reptil malo ¿me acrimina,  
y esconde su veneno,  
que siempre contamina  
esa lengua mordaz y viperina?  
¿Porqué de esa manera me apostrofás?

¿és, dí, porque me temes, ó te mofas?

La Víbora contesta:

—¿yó mofarme? Jamás. Mi genio avieso,  
obra de la funesta  
moral del retroceso  
se ha fundido en el molde del progreso.  
Al bueno como al malo noche y día  
predico universal filantropía.—

—Tu conducta me place—  
el Jabalí le dice entusiasmado:  
—tanto me satisface,  
que pienso ser tu aliado,  
y ejercer ese mismo apostolado.—  
Esto dicho; los dos por despedida  
se juran amistad toda su vida.

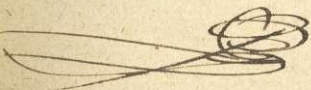
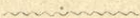
Al irse, de repente  
el Jabalí á la Víbora le toca;  
pero instantáneamente,  
abriendo esta su boca,  
le ingiere su veneno, fiera, loca,  
é incontinenti, salta, huye y se encierra  
en angosta hendidura de la tierra.

Siente el Marrano airado  
más que la ponzoñosa mordedura  
encontrarse burlado,  
y cabe la abertura  
su trompa hoza la corteza dura:  
y rompe, surca, ahonda, profundiza,  
hasta que al fin la Víbora divisa.


Á hablarle ésta se atreve

mil perdones, hipócrita, pidiendo:  
—¿Cómo traidora aleve—  
responde aquél gruñendo,  
—perdón pides por crimen tan horrendo?  
serás por mis colmillos destrozada  
y en mi profundo vientre sepultada.

Lo mismo que la lumbre,  
que á todo el que le toca siempre quema,  
herir es tu costumbre,  
emponzoñar tu tema,  
y á quien te toca muerdes por sistema.—  
*¿Son otra cosa algunos criminales,  
que verdaderas víboras sociales?*



## EL FILÓSOFO Y EL LAUREL.



Más de soberbia que de ciencia lleno  
un Filósofo, amante de Volter, (1)  
meditando en los sueños de su gloria  
acercóse á un Laurel.

—La Providencia ante mis ojos—dice  
—te ha puesto, planta insigne, tu mi sien  
ornarás, como premio de los triunfos,  
que hé de alcanzar doquier.

De tus tallos formando las coronas  
el pueblo libre arrojará á mis pies,  
y de mis obras incendiarias páginas  
leerá con avidez.

En la mente de indóciles patriotas  
yo siempre laureado viviré,  
ante y después; de que la impía Atropos,  
corte mi vida, cruel.

Será mi nombre grito de combate,  
que animará en la guerra al pueblo rey,  
hasta que al fin los cetros y tiaras  
le sirvan de escabel.

---

(1) Voltaire.

Tú mezclado de eternas siemprevivas,  
emblemas del trabajo y del saber,  
de estatuas por mi gloria levantadas  
formarás el dosel.

Más que papas y reyes los merezco,  
viejos restos del culto y del poder,  
que el siglo del progreso y de las luces  
rechaza con desdén.—

El Laurel le contesta.—Bien mereces  
que te dispense yo tan alta prez;  
tú tentación, yo muerte, ¿quién contrasta  
nuestro consorcio cruel?—

—¿Qué profieres? Estás equivocado:  
yo quizá muchas almas tentaré;  
mas tú inocente—replicó el Filósofo

—¿qué mal puedes hacer?—

—Que soy lauroceraso ¿no conoces?  
¿ignoras que letal mi jugo es?  
¿que el veneno, quizás el más activo,  
corre bajo mi piel?

Engañan las cerezas de mis frutos,  
de mis hojas la pura brillantez,  
de mis flores los pétalos: engaño  
hay en todo mi ser.

Es engaño tu amor hácia la plebe  
revestido de talco y de oropel,  
y la moral que tanto preconizas,  
es engaño también.

Rechaza tu soberbia las coronas,  
á fin de coronarte tú después:

llamas imposición todas las leyes,  
para imponer tu ley.

Si revolviendo las tranquilas aguas,  
á la altura surgir quieres la hez,  
torpe cimientó de tu reino impío  
aspiras de ella hacer.

Tienes razón. Mis ramos venenosos  
deben orlar tu atrabiliaria sien;  
para que el signo y lo significado  
sean de igual jaez.

Yo la muerte del cuerpo, tú del alma,  
verdugos de la vida y de la fe;  
el mundo sin embargo me ambiciona,  
y te incienso á la vez.—

*Porque el pueblo sin tino y sin conciencia  
enloquecido va dando traspies,  
altares levantando á sus verdugos  
sin conocer su bien.*





XVIII.

*Los dos Alcaldes.*

---

Siendo Alcalde D. Roque Salmerón  
impone á garrotazos su opinión;  
y siéndolo D. Pablo Navidad,  
obran todos con plena libertad.

Pillos abusan de su pueblo y dél,  
y de pillos y pueblo abusa aquél.

*¿Quieres decir, carísimo lector,  
cual de los dos Alcaldes es peor?*

---

## LA ABEJA Y LA AVISPA.



Una Abeja discreta  
á vivaracha Avispa se encontró  
en el hermoso caliz  
de una fragante y matizada flor.

Antiguas conocidas  
se alegraron de verse allí las dos,  
y cual hembras locuaces  
entablaron cordial conversación.

—Paréceme, mi amiga,—  
dijo la Abeja con melosa voz,  
—que al porvenir no atiendes  
por efecto quizá de educación.

Pasa la primavera,  
que espléndida y risueña lleva en pos  
los gérmenes de vida,  
que desarrollan la reproducción.

Durante su reinado  
Flora extiende su imperio: entonces oh!  
perfumando el ambiente  
nos ofrece un banquete en cada flor.

También pasa el estío,

que inflama el carro del ardiente sol,  
y en muchas de sus frutas  
nos regala un banquete superior.

Pasa el otoño triste  
con su instinto voraz de destrucción,  
quedando Flora y Ceres  
bajo el tranquilo influjo del sopor.

Mas llega el crudo invierno,  
solo hallamos doquier desolación.  
Los bosques nos presentan  
esqueletos sin sombra ni verdor,  
los campos hielo y nieve,  
sus ardores nos niega turbio el sol,  
frío cierzo nos pasma,  
ó nos barre furioso el aquilón.  
¿Qué harás, incauta joven,  
para contrarrestar tanto rigor;  
sin comida, ni albergue,  
cuando llegue la hórrida estación?—

La Avispa le responde.

—De pensar como tú líbreme Dios:  
la cadena de esclava  
consentirla no puedo jamás yo.

El hombre, ser tirano  
se titula señor de la creación,  
y egoista pretende  
que todas trabajemos en su pro.  
Te labra un edificio,  
do te libres del frío y del calor,  
y estableces con otras

fábricas de tu dulce producción.  
Llenáis los almacenes.  
¿Juzgáislos vuestros? ¡Estupendo error!  
No impone el hombre un censo,  
ni una proporcional contribución:  
con fuego en una mano  
y en la otra instrumento destructor  
no respeta derechos  
sagrados del hogar, ni ley; si nó,  
con el rostro cubierto  
os arrebatara como vil ladrón  
la miel, que tanto ingenio,  
trabajos y vigiliass os costó.

¿Pretendes que yo pierda  
la santa libertad que me da Dios,  
y sumisa me entregue  
á un bárbaro y despótico señor?—

—Que es el hombre un tirano—  
dice la Abeja—no lo dudo, nó:  
que abusa de su fuerza  
es verdad, que no admite discusión;  
mas dime, sin embargo,  
¿quién vive más segura de las dos?

*Mala es la tiranía;  
mas la anarquía es mucho peor.*

---

## LOS CHARLATANES Y EL RÍO.

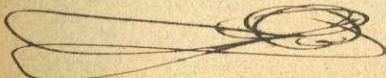


Esta fábula ó cuento, se me ocurre,  
que hoy á muchos tal vez no agradará;  
no es verdadera, pero puede serlo,  
porque encierra un gran fondo de verdad.

Existe una ciudad, villa ó aldea,  
al pie de una montaña colosal,  
cuyo nombre y prosapia, en el instante,  
ni recuerdo ni puedo recordar.

En el lado del Este, ó del Oeste,  
no sé si más acá, ó más allá,  
porque nada á mis planes representa  
el viento, la provincia ó el lugar,  
cual torrente, bajaba cierto Río,  
de cristalinas aguas buen caudal.  
Era difícil contener su curso:  
peligroso su cauce variar;  
ni tradición, ni historias recordaban,  
que nadie lo intentase hacer jamás.

Mas la gente amotinóse un día  
instigada por cierto Charlatán,



que sembró el fanatismo, prometiendo,  
si llegan las corrientes á variar,  
las aguas convertir en gruesas perlas,  
y su arena en aurífero metal:  
así subiendo al colmo de la dicha  
de gozar y vivir sin trabajar.

Ávido el pueblo de riquezas siempre,  
entusiasta de toda novedad,  
trabaja sin descanso, y al fin logra  
dar pronto cima al peligroso plan.

Entonces otro Charlatán predica  
por nuevo lecho la corriente alzar.  
Verifícase así; mas otros luego  
quieren subir el álveo más y más,  
y todos lo consiguen. ¡Cuántas madres  
el Río caudaloso tiene ya!  
¡Son tantos los canales que le sangran!...  
¡Los rumbos que le han dado y quieren dar!...  
ya no hay uno ni dos: los Charlatanes  
crecen, y multiplican por demás.

Fórmanse bandos mil, y cada uno  
quiere subir las aguas, ó bajar;  
más las obras de fábrica, que emplean,  
son de malo, poroso material,  
tan quebradizo, que ninguno ofrece  
en su inferior pared seguridad.

Frecuentemente gruesas avenidas,  
frutos de la tormenta ó temporal,  
sus aguas turbias en las tapias chocan,  
las rompen, y destruyen á la par,

y en forma de cascada, ó catarata,  
saltando la pendiente abajo van,  
arrebatando á los feraces campos  
su rica y gruesa capa vegetal.

Como remedio de tan graves males  
los doctores de más autoridad  
una tormenta gorda pronostican,  
y la esperan con ansia y con afán.

Asoman por Poniente negras nubes  
azotadas por rudo vendabal,  
y «ya está aquí la gorda» muchos gritan  
mandando las campanas repicar.  
Poco después el númen del estrago,  
por impulsos del genio más audaz,  
allí cierne sus alas: lleva escolta  
de opuestos vientos, que chocando están,  
los vapores acuosos hacinando  
con ayuda de la electricidad.  
Se oscurece la luz: los roncós truenos  
de los rayos en pos corriendo van,  
al son de sus tambores destemplados,  
proclamando la horrible tempestad.  
El agua cae á torrentes: más que nunca  
ha visto el mundo del diluvio acá.  
Cada arruga ó silueta del terreno  
transfórmase en acequia ó en canal:  
cada acequia en hondísimo barranco:  
cada barranco en río, y éste en mar.

Pasa la gorda, como todo pasa,  
dejando trás de sí ruinas no más,

semejante á un ejército salvaje  
que destruye á su paso cuanto hay.  
En vez de población hállanse escombros:  
en vez de campo y monte un erial.  
No preguntéis á aquellos Charlatanes,  
si son culpables de tan grave mal:  
culparán al acaso, á Dios, al mundo;  
á sus sueños utópicos jamás.

De tan funesto y horroroso cuadro  
resulta un bien de mucha utilidad.  
El Río por efecto del trastorno  
vuelve á su antiguo cauce natural;  
*porque el Supremo Autor sabio endereza  
lo que tuerce la torpe humanidad.*

---



## LA ARAÑA Y LAS MOSCAS.

---

Una Araña muy astuta,  
que sucia tela tejía  
en la entrada de una gruta,  
á las Moscas, que veía,  
les decía.

—Con una tela tupida  
estoy poniendo la casa  
recubierta y defendida;  
porque el viento, cuando pasa,  
me traspasa.

Entrad sin reserva alguna  
en este aposento mío,  
la ocasión es oportuna;  
y os libraréis del rocío  
y del frío.

Primero las Moscas huyen:  
más tarde en su torno vuelan:  
después se paran, le arguyen;  
hasta que al fin no recelan,  
y se cuelan.

Dentro ya, la Tejedora,  
propone con gran respeto  
una alianza protectora,  
reservándose el secreto  
del objeto.

Oh! Son tan bellas sus frases,  
distinguidas sus maneras,  
que aceptan sus vagan bases,  
hasta las Moscas más fieras  
placenteras:  
y fundan sin discusión  
la secreta sociedad  
con esta sola inscripción:  
libertad, fraternidad,  
igualdad.

Las Moscas sin gran fatiga  
salen y entran, no dudando  
de la alta fe de su amiga;  
pero ésta de cuando en cuando  
sigue obrando.

Con un agujero estrecho  
termina su tela entera,  
donde, á fuer de su derecho,  
se coloca á su manera  
de portera.

Dánle el parabién las Moscas,  
al admirar rematadas  
aquéllas cortinas toscas,  
y encontrarse resguardadas  
y abrigadas.

Concluye muy pronto el gozo;  
pues ven con ojo certero,  
que es la gruta un calabozo,  
y la huéspedea el más fiero  
cancerbero.

Y cuando la telaraña  
intentan tocar apenas,  
los hilos de la maraña  
son de sus patas y antenas  
las cadenas.

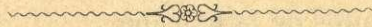
Pide la cohorte alada  
á la sociedad respeto;  
pero responde la aliada:  
—¿no os dije que era su objeto  
mi secreto?

Yo soy vuestra Superiora:  
vuestro lema es la paciencia.  
¡Ay de la mosca traidora,  
que oponga á ciega obediencia  
resistencia!—

—¿Con que nuestra asociación—  
exclaman las Moscas bravas,  
—nos dá, en vez de protección,  
con el título de esclavas  
duras trabas?—

*Contestad, necios ilotas,  
que buscáis las libertades  
á título de patriotas  
en secretas sociedades  
de maldades.*

## LA CAMPAÑA DE LOS MONOS.



Una idea de vastas proporciones  
á los Monos tenía meditabundos  
en todos los países y regiones:

idea, que sus sabios más profundos  
con su realización aseguraban  
su dominio total en ambos mundos.

La especie con la humana comparaban,  
y buscando argumentos en su abono,  
los doctores así racionaban.

«Físicamente analizado el mono  
»sabia le concedió naturaleza  
»en la escala animal el primer trono:

»al bimanio aventaja en ligereza,  
»tiene más sobriedad, nace vestido  
»desde el final del rabo á la cabeza:  
»de vigorosas uñas guarnecido  
»sube al monte escarpado, cruza el llano,  
»y se encarama al árbol más crecido:

»su cuerpo es más flexible que el humano,  
»y si rabo prensil le adorna, tiene  
»poderosa palanca y quinta mano:

»hace sus manos pies, si le conviene,  
»y encontrando un apoyo, como clave,  
»más que el ave en los aires se sostiene:  
»de la escala animal posee la llave,  
»cual dueño superior, por su organismo  
»al bimano, al cuadrúpedo y al ave.»

Los jefes, excitando el patriotismo,  
formaron de esto un cuerpo de doctrina,  
que extendieron con cívico heroísmo.

El anhelo de mando les domina:  
á sus enfermos cérebros se aferra:  
á los demás propaga, y contamina;  
y ardiendo en entusiasmo gritan: «guerra,  
»guerra á todo animal, incluso el hombre,  
hasta hacernos señores de la tierra.»

En un sitio del globo, cuyo nombre  
no revelan ni crónicas, ni historia,  
los Monos de más fama y más renombre  
entusiasmados, y ávidos de gloria,  
formidables ejércitos formaron,  
cuya cifra no alcanza la memoria.

Cual nubes de langostas, penetraron  
en extensas comarcas, destruyendo  
todos los frutos que á su paso hallaron.

De mapas y de guías careciendo,  
toparon con el mar, ¡oh lance horrible!  
su imperturbable marcha deteniendo.

¿Cómo vencer aquel monstruo terrible,  
que por bocas sin cuento arroja espuma,  
y brama con furor indescriptible?

Cambian de ruta con presteza suma;  
se opone al paso caudaloso río,  
y este nuevo tropiezo les abruma.

Al lado opuesto van con menos brío;  
mas hallaron ¡qué horror! ¡tercer fracaso!  
un nebuloso monte árido y frío.

Por estos lados obstruído el paso,  
emprendieron funesta retirada,  
sin precaver la gravedad del caso.

La comarca por ellos devastada  
todo abrigo les niega y alimento:  
el agujón del hambre despiadada  
descaece el valor, mata el contento:  
lo mismo al Mono débil, que al más fuerte  
le sirve de martirio y de tormento.

Casi todos corrieron igual suerte;  
sin conocer su propia insuficiencia,  
en vez de mando y vida hallaron muerte.

*Conseguireis quizá la inteligencia  
aherrojar en obscuro cautiverio,  
joh masas populares, sin conciencia!;  
mas, cual monos, sin orden ni criterio  
será ruinoso y corto vuestro imperio.*

## EL PATRIOTISMO ANIMAL.



Embajadas de todos animales  
le pidieron á Jove sempiterno,  
como remedio de sus graves males,  
un electivo y popular gobierno,  
y ser ante la ley todos iguales  
con arreglo al espíritu moderno;  
para que brille puro y sin malicia  
el imperio inmortal de la justicia.

—Estupendos efectos del contagio—  
les dice el alto Jove sonriente.

—¿Queréis las excelencias del sufragio  
introducir en todo ser viviente?

Usarlo como el hombre, fuera un plagio,  
farsa teatral, ridícula é insolente,  
guiados por mi insigne magisterio  
elegireis poder y ministerio.

Comunicad á vuestros poderdantes,  
que de Eolo en hombros estaré en un punto,  
donde podré en brevísimos instantes  
dar cima sin ambajes á este asunto;

mas estudiar procuren todos antes  
dotes propias y extrañas en conjunto,  
y el voto al emitir, sin egoismo,  
se aconsejen del puro patriotismo.—

Cumple el dios su palabra como bueno:  
pone su trono en la región de Eolo,  
y dice al mundo con su voz de trueno,  
que fuerte vibra desde polo á polo:  
—Oh animales! Votad sin ningún freno  
cada cual inspirado por sí solo.

¿Quién os parece digno y competente  
de ser vuestro Supremo Presidente?—

Cual movidos por mágico resorte  
«yo,» unánimes contestan al instante  
por Oriente, Poniente, Sur y Norte,  
desde el más diminuto al más gigante  
de toda especie, condición y porte.  
«Yo,» repiten con tono dominante,  
murmurando el *yo* el eco en son de guerra  
por los mares, los aires y la tierra.

—Basta, les dice el dios: irracionales,  
con perdón del espíritu moderno;  
si todos quereis ser jefes é iguales  
¿á quién gobernará vuestro gobierno?  
Fuera su fundación de inmensos males  
fuente perenne, semillero eterno.  
*Sin fe y sin humildad, el patriotismo,  
se refunde en el culto del yo mismo.—*



## LAS RATAS.



En cierta región, donde  
jamás vieron las Ratas,  
un mercader presenta  
gran colección en jáulas.

El público curioso  
alborozado exclama  
en parecido estilo  
y análogas palabras.

«¡Extraños animales!

»¡oh! Su viveza encanta.

»¡qué penetrantes ojos!

»¡qué puntiaguda cara!

»¡qué descarnado rabo!

»¡qué orejas y qué patas!

»¡quién obtener pudiera

»un tipo de esta raza!»

El mercader les dice:  
—compradlas, son baratas;  
de estos animalitos  
no privo á esta comarca

do tradiciones sobran,  
y novedades faltan;  
pues nunca el egoismo  
tuvo asiento en mi alma.—

En brevísimas horas  
los Roedores despacha  
á precios fabulosos,  
como favor y gracia:  
y aquel país adquiere  
esta terrible plaga,  
que desde aquella época  
no ha podido extirparla.

*De la misma manera  
se venden y propagan  
en libros y folletos  
perversas enseñanzas,  
que alucinan por nuevas,  
entusiasman por raras,  
y son más desastrosas,  
que pueden ser las ratas.*

---

## EL PROPIETARIO, EL MICROBIO Y LA VIÑA.



Armado de una lente un Propietario  
 sus feraces viñedos recorría,  
 y al lado de una cepa asaz lozana  
 un Ente microscópico divisa.

—¿Quién eres?—le pregunta, ¿cómo osaste  
 entrar sin mi permiso en esta finca?

—soy vástago—contéstale el Microbio,  
 —de desgraciada tribu perseguida,  
 que me han traído desde el Nuevo Mundo  
 oculto en los sarmientos de una Viña.—

—Doquiera tiene—dice el propietario,  
 —sólido asiento negra tiranía:  
 aquí en mi propiedad vivirás libre;  
 mientras no te desmandes ni delincas.—

Las Vides al oír palabras tales,  
 á la vez, temblorosas todas gritan:  
 —matadle sin piedad; es de una raza  
 tan fecunda y voraz como maldita.—

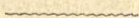
—¡Quiá! Les contesta.—No soy partidario  
 de las absurdas leyes preventivas.

Yo lo vigilaré; perded cuidado:  
no se previene el crimen, se castiga.—

Pasa el tiempo, y el necio propietario  
torna otra vez á visitar su viña,  
y aquellas cepas antes tan frondosas,  
las encuentra ¡qué horror! mustias, marchitas.

Intenta entonces atajar el daño:  
grandes sumas el necio sacrifica;  
mas en vano. Voraz la filoxera  
su propiedad y la comarca arruina,  
quedando en la miseria sumergido  
por tal indiscreción toda su vida.

*Piense el mundo moderno como quiera;  
mal que no se previene no se evita.*



## XXVI.

# El Rey Midas y sus Magnates.

---

Castigaron al rey Midas  
por su avaricia los dioses  
con dos orejas de asno  
de tamañas dimensiones.  
Para ocultarlas, un gorro  
por corona colocóse,  
que cubría su cabeza  
desde la frente al cogote.

Observó que sus Estados  
cada día eran más pobres;  
mientras que en oro nadaban  
los Magnates y señores,  
para cortar los abusos,  
poner las cosas en orden,  
y aplicar á los culpables  
severo y terrible córrige,  
pidió cuentas, encontrando  
¡qué horror! desfalcos enormes.

Según unos, cierto día,  
según otros, cierta noche,

que en este punto difieren  
los antiguos cronicones,  
en el Salón de Justicia  
juntó á los estafadores,  
para hacer un ejemplar,  
que sonara en todo el orbe.

Al estar en su presencia  
de tal manera irritóse,  
que brillaban sus pupilas,  
como encendidos carbones.  
Ya su cólera creció, tanto,  
tanto, que el buen hombre  
con modales descompuestos  
y descomunales voces  
á una prueba dura expuso  
sus nervios y sus pulmones.  
Pero, olvidando un instante  
su par de orejas innobles,  
hizo un brusco movimiento,  
el gorro saltó; y entonces  
la general carcajada  
puso á aquella escena corte.

*¡Cuántos nuevos reyezuelos  
al clamar contra el desorden  
la risa tan solo excitan  
de aquellos, que los conocen!*

---

## LOS CUATRO EDIFICIOS.

Hay edificios que son,  
las páginas de la historia  
de la civilización:  
de unos siglos, como gloria,  
y de otros, como baldón.

En la plaza principal  
de una ciudad populosa,  
cual joya monumental,  
se ostenta majestuosa  
elevada Catedral.

De frente un Cuartel se ve,  
por un costado un Teatro,  
y por el otro un Café:  
contraste forman los cuatro,  
que yo explicar no podré.

Sé, que tienen su lenguaje  
todos estos Edificios,  
y que al Templo no hay ultraje,  
que los demás impropicios  
no le lancen con coraje.

Si entra gente la censuran,  
y la miran con recelo:  
si oyen predicar murmuran;  
y que lo han de echar al suelo  
los tres unánimes juran.

Era la enemiga tal,  
tanta la animadversión,  
que triste la Catedral  
preguntó:—¿por qué razón  
á mí me quereis tan mal?—

—Nací en el suelo pagano—  
contesta el Teatro,—y hoy  
con tu carácter tirano;  
porque al paganismo voy,  
tú me tachas de liviano;  
y porque no se me encierra  
en molde estrecho, tu gente,  
que á sus costumbres se aferra,  
de un modo poco prudente  
tenaz me declara guerra.

Yo acepto el reto: y anhelo,  
para ser libre en el todo,  
y carecer de recelo,  
salpicados por el lodo  
ver tus muros en el suelo.—

Al terminar, le lanzó  
una invectiva insultante;  
el Templo no contestó,  
y con voz altisonante  
así el Café se expresó.



Eres, Catedral tirana,  
mi antítesis: hijo soy  
de una sociedad, que afana  
gozos y placeres hoy,  
sin cuidarse de mañana.

A tí el dolor te divierte,  
y en tus entrañas se anida;  
yo llamo con mano fuerte  
á las puertas de la vida:  
tú á las puertas de la muerte.

Quieres ser reina, y tu ley  
imponer á todo el mundo;  
mas la impenitente grey  
te ve con ceño iracundo,  
y me proclama su rey.

Mira, por qué sin reparo,  
para afianzar mi dominio  
civilizador y caro,  
una guerra de exterminio  
desde ahora te declaro.—

—Catedral, de tí me río—  
dice á su vez el Cuartel,  
—aunque me llames impío;  
porque al bajar tu papel,  
al momento sube el mío:

Siempre, con distinto nombre,  
milicia habemos los dos;  
mas mi opinión no te asombre:  
donde falta la de Dios,  
solo impera la del hombre.

Porque lidie en tu provecho,  
tu bando en vano se esfuerza;  
y yo opongo satisfecho  
el derecho de la fuerza  
á la fuerza del Derecho.

En tus males ¡oh! disfruto.  
Por todas estas razones;  
si dan tu ruina por fruto  
las lenguas de mis cañones,  
seré señor absoluto.—

Al terminar todos tres,  
les dice la Catedral  
severa y tranquila.—Es  
vuestro desvarío tal,  
que lo veis todo al revés.

Sin cautela, ni reparos,  
me atacais con loco anhelo  
de torpe interés avaros;  
¿mas no veis, que al ir al suelo  
tengo á los tres que aplastaros?

Sepa el rebelde Cuartel  
en su necio frenesí,  
al ser mi enemigo cruel:  
los que me odian á mí,  
mas lo aborrecen á él.

Me haces, Café, guerra eterna,  
y sin mí piensas reinar;  
mas la corriente moderna  
te logrará derribar  
en aras de la taberna.

Y tú, Teatro inmoral,  
que siembras la corrupción;  
¿no ves que buscas letal,  
en vez de la ilustración,  
la disolución social?

¿Que las masas altaneras  
despreciarán tus tesoros,  
y serán tus herederas  
múltiples plazas de toros,  
de títeres ó de fieras?—

Aunque la clara verdad  
á todos tres convenció,  
la sombra de su impiedad  
al punto los envolvió,  
siguiendo en su enemistad.

*La sociedad pervertida,  
revolcándose en el cieno  
de la impiedad descreída,  
al aspirar su veneno  
se trastorna y se suicida.*



# LAS AVES CASERAS.



Loca de entusiasmo  
cuida de sus Aves  
con esmero sumo  
la sencilla Carmen.  
Que las gallinitas  
pongan huevos grandes:  
que si cacarean  
los gallos les canten:  
que ánades y patos  
salten al estanque:  
que los pavos rueda  
hagan arrogantes:  
que pien los pollos,  
y los gansos graznen;  
en su alma imprimen  
gozos inefables.

Á su voz de mando  
presurosas salen:  
las madres sus hijos,  
los hijos sus madres

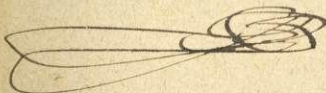
dejan, y á su lado  
marchan al instante.

Á todos y todas  
habla en su lenguaje;  
porque la constancia  
maravillas hace.

La nombran su jefe,  
le juran lealtades,  
vivas entusiastas  
vibran en los aires  
con muchas protestas  
de amor entrañable.

Carmencita en cambio  
procura, no falten  
granos succulentos,  
sabrosos potajes,  
frutas y verduras,  
y cuanto les place.  
Á nadie permite,  
que sus Aves mate,  
y por defenderlas  
daría su sangre;  
mas como la suerte  
tímida y cobarde  
huye ante la vista  
de opresores males,  
deja en manos destos  
la salud de Carmen.

Presas de la fiebre  
sírvele de cárcel



su lecho, do pasa  
dos meses mortales;  
y en tanto, ya sueñe,  
ya delire ó hable,  
ó barbota, ó nombra  
sus queridas Aves.  
La fiebre al fin cede;  
de su cuarto sale,  
y al punto visita  
plácidos lugares,  
do solo su alma  
encuentra solaces.

¿Pero qué sucede?  
Allí no vé Carmen  
gallinas, que pongan,  
ni patos, que naden,  
pavos, que alboroten,  
ni gansos, que graznen.  
Se acerca á una reja  
nerviosa, anhelante,  
extiende su vista...  
¡Estupendo lance!  
Un corral vecino  
alberga sus aves.

Á gritos las llama.  
¿Quién contesta? Nadie:  
solamente el eco  
repite sus frases.  
Trepa por la tapia,  
cual cabra salvaje,

desciende, y se encuentra  
con todas sus Aves,  
que acaricia y mimas,  
como nunca, amable.  
Pero de estas, unas  
se esconden cobardes,  
y las otras cara  
rebeldes le hacen,  
le asedian, y mueven  
escándalo grande.  
En vano recuerda  
juramentos graves;  
las tacha de infieles  
y de desleales;  
pero un ganso de esos,  
que dicen verdades,  
desde lejos grita  
subido en un sauce.  
—Mujer bonachona,  
véte, no te canses.  
¿Piensas que nosotros  
queremos á nadie?  
Las tapias saltamos:  
al sentir el hambre  
mudamos de jefe.  
¿Qué cosa más fácil,  
cuando todos somos  
necios é ignorantes,  
incivilizados,  
en fin, animales

esclavos del buche  
por mañana y tarde  
con otros instintos  
torpes y brutales?—

Con voz angustiada  
exclamaba Carmen.

*—Ejemplo han tomado  
las Caseras Aves  
de tantos patriotas  
pequeños y grandes,  
que esclavos del vientre  
esto mismo hacen.*

---



## EL AMOR LIBRE.



Allá en Constantinopla  
los perros tanto abundan,  
que por calles y plazas  
en manadas doquier libres circulan.  
Como no tienen dueño,  
viven á la ventura,  
de la misma manera  
que en las grandes ciudades los granujas.  
Profésanles los turcos  
consideración suma,  
y no tienen morcilla,  
para el castigo de sus graves culpas.  
La rapiña y el hurto  
no afean su conducta;  
libres en los amores  
todas las clases sin reparo cruzan.  
Así las pobres perras,  
enlaces, que repugnan,  
admiten, obligadas  
por el imperio de la fuerza bruta.

Los más pequeños canes  
hembras gigantes buscan:  
los de más corpulencia  
consortes en las clases diminutas:  
los de pelo sedoso  
perras de lana burda:  
los de hocico más chato  
compañeros de cara puntiaguda:  
los más sucios y feos  
las más bellas y pulcras...  
Pedir más libertades  
fuera, lector amado, una locura.  
Como todos alegan  
igual derecho, nunca  
los galanes sus damas  
visitan sin camorras, ni disputas;  
y airados muchas veces  
con tal denuedo luchan,  
que rabiosos se muerden,  
se hieren, se degüellan y trituran.  
El mismo bello sexo  
movido por la furia  
toma una parte activa  
en algunas escenas tremebundas.  
La estadística arroja  
tan fabulosa suma  
de muertos y de heridos  
por estas lides en la grey perruna,  
que si las madres fueran  
algo menos fecundas

se extirpara la raza  
en los dominios de la Media Luna.  
Por estas y otras cosas,  
que no escribe mi pluma,  
lógica consecuencia  
de una vida tan torpe y disoluta,  
reúnense las Perras  
sin distinción alguna,  
lo mismo las de baja,  
que las de alta prosapia y clara alcurnia,  
y á Júpiter exponen  
con quejas muy profundas,  
que les quite unas leyes  
tan libres y procaces, como absurdas.  
Jove en comisión manda  
al dios de la Lujuria,  
como el más entendido  
en las cuestiones lúbricas é impuras.  
Pronto el cínico Priapo  
todas las Perras junta,  
y sentado en su trono  
males sin cuento inalterable escucha.  
La mente no concibe  
tan obscenas injurias,  
tan torpes atropellos,  
violencias tan infames ¡ah! que asustan.  
El dios, Juez avezado  
á esta clase de culpas,  
ni sorpresa le causan,  
ni apenas, al oirlas, le preocupan;

no obstante que las Perras,  
pintando sus angustias,  
de diapasón subiendo,  
doloridas no ladran, sino aullan.

Pero Priapo cansado

—¿qué quereis?—les pregunta.

—Reforma en nuestras leyes—  
contestan todas sin quedar ninguna.

—¿Reformas en sentido  
oscurantista? nunca:

excesos liberales

con mayor libertad solo se curan.—

Al oír del dios esto

las Perras refunfuñan:

dislate tan enorme

hasta en caninos cérebros repugna.

Repuestas de su asombro

todas gritan á una:

—más bien que libertades

te pedimos monógama coyunda—

—¡Qué horror!—el dios exclama.

—Retrógradas, ilusas,

pensais como animales

exentas de talento y de cordura.

Antes que el Amor Libre

fije su planta augusta

en todas las naciones,

que blasonan de grandes y de cultas,

¿quereis desprestigiarlo

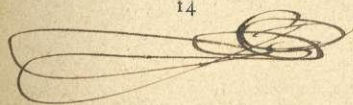
con severas censuras?

El siglo diez y nueve  
veloz cabalga por opuesta ruta.—

La junta disolvióse  
¿qué nos revela en suma?

*Que la idea de Amor Libre  
es la más insensata y más absurda.*

*Fuera el hogar doméstico  
una sentina inmundada,  
y todas las mujeres  
torpes, viles y abyectas prostitutas.*



## EL ERIZO Y LA CASTAÑA.

Díjole la Castaña  
al propio Erizo.  
—¿Por qué á tí me aprisionas  
con tanto ahinco?  
Mas le contesta.  
—Si en libertad te dejo  
caes y te secas.  
Á tí yo te sujeto,  
y á mí el tallo:  
al tallo fuente rama,  
que oprime el árbol:  
á este encadenan  
raíces, que retiene  
la madre tierra.  
Si cualquiera desata  
sus ligaduras  
recibe, como fruto,  
muerte segura.  
*Quitando trabas  
los estados perecen,  
como las plantas.*

## LOS PECES ENTRE DOS AGUAS.



Millares de Peces, de mar y de río,  
burlando peligros, consiguen morar  
allí, donde mezclan su líquido frío,  
luchando constantes el río y el mar.

Sus branquias respiran el aire, lo mismo  
en agua cualquiera, salada ó sin sal;  
sin que se conduela ningún organismo,  
ni víctimas sean de asfixia letal.

Al flujo y reflujo de grata marea  
gozosos ensanchan su campo de acción;  
sin que aligatores el pez fluvial vea,  
ni vea el marino voraz tiburón.

Si los pescadores, saltando la barra,  
arrojan sus redes, apenas los ven,  
los bancos y rocas las redes desgarran,  
y vuelca sus barcos el rudo vaivén.

Si el mar á estos Peces presenta sustento,  
al punto se acogen á su pabellón;  
si ven en el río mejor alimento,  
se vuelven, y cambian de jurisdicción.

Mas llegan momentos, en que se exaspera  
la cólera y rabia del río y del mar:  
la horrible batalla se da en la frontera;  
los Peces no llegan su estrago á evitar.

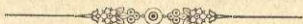
Los golpes tan rudos de un lado y de otro,  
que al choque reciben, no pueden sufrir:  
algunos se escurren; los más, de aquel potro  
tan fuerte, no logran ilesos salir.

*Aprendan el cuento los peces políticos,  
que así entre dos aguas lozanos están:  
en los borrascosos momentos más críticos  
ilesos del choque muy pocos saldrán.*

---



## EL INGLÉS Y EL FAROLÓN.



Dícese, que una ciudad,  
cuyo nombre nada importa,  
tiene un alumbrado público  
con profusión de farolas,  
y sobre todas descuella  
cierto Farolón, que asombra.

No hay dos farolas iguales,  
ni en su magnitud, ni forma,  
y todas, sin distinción,  
dan luz prestada, aunque poca;  
mas la luz del Farolón  
ninguno ha visto hasta ahora,  
y conservarlo tan alto  
cuesta sumas fabulosas.

Sin embargo, está dispuesto,  
aunque su materia es tosca,  
de una manera tan hábil,  
tan artística é ingeniosa,  
que parece desde lejos  
de puro cristal de roca;

pues con la luz resplandece,  
que le prestan las farolas.

Un Inglés, muy entusiasta  
de monumentales obras,  
llega al Farolón, lo mira,  
y con una calma estóica,  
que venga la noche espera,  
para ver la luz que arroja.

Pasa un día y otro día,  
y pasa una noche y otra,  
y el soberbio Farolón  
no presta ni luz, ni sombra.

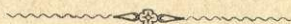
En fin, el Inglés cansado  
saca el libro de memoria,  
y sospechando, que así  
se alumbra la nación toda,  
sin consultarlo con nadie  
pone en una de sus hojas.

»En muy culminantes puestos  
»de la región española,  
»véñse ciertos farolones  
»colocados de tal forma,  
»que brillan; pero no dan  
»luz, ni prestada ni propia.»

*¿No pudiera traducirse  
por farolones personas?*

---

## EL CACIQUE Y EL BURRO.



Un ministro de Estado,  
para premiar el mérito infinito  
de un Cacique afamado,  
que siempre le sacó de Diputado,  
quisiera ó no quisiera su distrito;  
aunque era un hombre indigno á todas luces  
el pecho le llenó de grandes cruces.

Modelo de caciques,  
al recibir las condecoraciones,  
echar mandó repiques,  
y en su casa pintarlas en tabiques,  
techos, puertas, ventanas y balcones;  
sin permitir que nadie en su presencia  
omitiese al nombrarle el excelencia.

Cuando viajes hacía  
cabalgaba en su Burro el Caballero;  
pero notando un día,  
que alguno cometió la grosería  
de no quitarse al verle su sombrero,  
airado dijo.—¿Contra quién recurro,

si insignias no llevamos yo ni el Burro?—

Después con poca espera  
á su noble y pacífico Pollino  
enjaezó de manera,  
que á Calígula mismo envidia diera;  
pues con acierto, variedad y tino  
en la albarda bordaron grandes cruces  
unos guarnicioneros andaluces.

Así condecorado  
por el ancho corral se paseaba;  
volviendo entusiasmado  
su largo rostro á uno y otro lado  
con placer se miraba, y remiraba.  
Mas encontrando al gato en su camino,  
mayando éste le dijo:—abur pollino.—

El asno de repente  
se paró, y meditaba, cuando el perro  
que pasa casualmente,  
como nunca, festivo y complaciente,  
por haberse librado del encierro,  
ladrando así le dice:—¡traje rico!  
por él te felicito, buen borrico.—

La idea al Burro espanta,  
de que á pesar de todo su atalaje,  
nadie al verle se encanta,  
y gato y perro, acaso con no santa  
intención, le recuerdan su linaje.  
Mas al ver á la cabra en tal momento  
—¿quién soy yo?—le pregunta.  
—¿Tú? El jumento.—

El Asno se abochorna  
al oír de su casta otro recuerdo:  
pasea, torna y retorna,  
y su pobre cerebro se trastorna;  
cuando viendo tumbado al torpe cerdo,  
le dice:—¿me conoces?—y el cazarro  
al punto contestó:—tú eres el burro.—

Condolióse apenado,  
porque las grandes cruces y caireles  
no le hayan transformado,  
y sea tan conocido y despreciado  
como antes de tener los oropeles;  
y maldiciendo el mísero destino  
al lado se revuelca del cochino.

El Amo, que le mira  
embadurnar las cruces en el cieno,  
de cólera delira:  
tales palos le dió, con tanta ira,  
que resonaban, cual fragoso trueno.  
*¡Cuántas cruces repártense, de modo  
que equivale á arrojarlas en el lodo!*

## EL PLEITO.

---

Una Hiena y un Lobo iban cazando:  
llegaron á la par junto á un arbusto,  
un carnero pacífico encontrando  
grande y robusto.

Ambos su buena presa lo declaran:  
ambos mejor derecho se reputan:  
los títulos y ley, en que se amparan,  
ambos disputan.

Pertinaces ni ceden ni se avienen;  
pero á fin de evitar mayores males,  
en que decidan la cuestión convienen  
los tribunales.

El Tigre, y el Leopardo, y la Pantera  
intervienen, cual jueces del asunto,  
y les ocupa la sesión primera  
solo este punto.

Si era legal ó no, con el propósito  
de asegurar la prenda sin fatigas,  
al carnero poner, como depósito,  
en sus barrigas.

Para dejar la ley bien satisfecha,  
entre los tres la res descuartizaron,  
y aunque eran todos de conciencia estrecha  
se la tragaron.

Transigen uno y otro litigante.  
Al Tribunal reclaman el carnero;  
y el Tigre que preside en este instante  
dice altanero.

—No un carnero ni dos, ciento son pocos  
para cubrir los gastos necesarios.  
Callad, pues, ú os castigo como locos  
y temerarios.

¡Oh! ¿Desdeñais pagar nuestra pericia?  
agradeced que con pellejo os dejo.  
Pocos salen que impetren la justicia  
con el pellejo.—

Aunque eran Hiena y Lobo muy feroces,  
renegando de pleitos y querellas,  
á la próxima selva huyen veloces,  
como centellas.

*Juzgareis esta fábula patraña  
sin recta aplicación, puro idealismo.  
¿No pasa al que litiga en nuestra España  
casi lo mismo?*

## LOS TOROS Y LOS LOBOS.



En unos bosques de América  
muchos Toros habitaban,  
donde libres disfrutaban  
pastos, contento y salud.  
No logró el hombre tiránico  
á aquella raza salvaje  
imponerle vasallaje,  
ni yugo, ni esclavitud.

Ni al fiero jaguar carnívoro,  
ni á la puma belicosa,  
ni á la sierpe ponzoñosa  
conocieron por allí.

Tranquilos nuestros cornúpetos  
de enemigos carecían,  
y las riñas, que tenían,  
eran leves y entre sí.

De pronto terribles huéspedes  
sus comarcas invadieron,  
y el pánico difundieron  
entre los Toros doquier:



éstos eran Lobos ágiles,  
cruelles, astutos, traidores:  
los enemigos peores  
que allí pudieran tener.

Apenas la noche lóbrega  
montes y valles cubría,  
robando á la luz del día  
hasta el último arrebol,  
aquellas fieras indómitas  
los terneros acechaban,  
y en sus cuerpos se cebaban  
antes de tornar el sol.

Al notar los Lobos bárbaros  
de aquellos pobres cornudos  
el pavor, ¡oh! más sañudos  
se presentan cada vez;  
y con un descaro insólito,  
al ver tanta cobardía,  
asedíanlos noche y día  
con la mayor altivez.

Aquella situación crítica  
nunca hubiera terminado,  
si un Toro encolerizado  
no dijera á los demás.  
—¿Cómo cobardes, estúpidos  
sufrimos tan dura suerte?  
hagámosles guerra á muerte:  
somos más fuertes y más.—

Desde entonces impertérritos  
los Toros se prepararon,

y á las Fieras declararon  
una guerra sin cuartel:  
pronto observando con júbilo,  
que era el enemigo fiero,  
más que fuerte, carnicero,  
y más que valiente, cruel.

Al ver los Lobos, que impávidos  
los duros Toros resisten,  
y enardecidos embisten  
lentos de rabia y furor:  
y que con fuerzas titánicas  
á muchos de ellos aventan,  
y magullan; se amedrentan,  
y acósales tal pavor,

que de la región selvática  
centro de sus fechorías  
emigran en breves días,  
no volviendo á ella jamás;  
porque están convencidísimos,  
que allí los Lobos no caben,  
puesto que los Toros saben,  
que son más fuertes y más.

*Contra esos Lobos políticos,  
que ayudados por los menos  
en la sangre de los buenos  
se ceban sin compasión,  
oponed fuertes, intrépidos,  
á su maldito egoismo,  
como lema, el patriotismo,  
y como base, la unión.*

## EL ÁGUILA Y LA CULEBRA.



Una Culebra su cabeza alzando  
sobre el áspero pico de una roca  
á un pájaro, que cerca iba volando,  
atrae hacia su boca.

Este no se dá cuenta de sí mismo:  
no desconoce el mal, su infausta suerte;  
mas quizá por virtud del hipnotismo  
busca su pronta muerte.

Un Águila se cierne allá en la altura:  
cuando intenta el Reptil saciar su anhelo,  
cae veloz, con sus garras lo asegura  
y lo remonta al cielo.

—¿Dónde me llevas?—La Culebra grita.  
—¿De libertad me priva tu soberbia?—  
El Águila responde.—Necesita  
castigo tu protervia.—

—¡Cuánto—dice el Reptil—tú error extraño!  
¿Tú no ves, que arrastrada por el suelo,  
yo no podré jamás causarte daño,  
ni oponerme á tu vuelo?

Goza tu regia posición altiva;  
pero deja á los hijos del trabajo,  
que humillados te vemos tan arriba,  
vivir en paz abajo.—

—¿Tú paciente y humilde? No te alabes;  
nunca con intención buena procedes,  
y no logras causar males mas graves  
solo, porque no puedes.

Desde el profundo suelo en que resbalas,  
arrastrando á los árboles te subes:  
si tu cruel ambición te diera alas  
traspasaras las nubes.

¿Cómo? ¿Supones liberal, sencillo,  
coartar el vuelo de mis chicas aves,  
y engullirte al inerme pajarillo  
del modo, que tu sabes?

Si yo fuerte á mis garras te sujeto,  
por lo cual te lamentas, y te inquietas  
es, porque yo, Culebra, te respeto,  
como tú á otros respetas.—

Calla el Águila Real: las nubes toca;  
abandona su presa fácilmente,  
que, volteando cae sobre la roca,  
muriendo de repente.

*Muchos se llaman hijos del trabajo,  
y son reptiles de costumbres malas,  
que ocupan un lugar humilde y bajo,  
porque no tienen alas.*

## LA ARAÑA Y SUS HIJOS.

---

Una Araña  
deposita  
en estrecha  
cavidad  
los selectos,  
caros frutos  
de su instinto  
maternal.

Los preserva  
con cuidado  
de la lluvia  
y humedad:  
son tesoros  
que custodia  
con tal celo,  
tal afán,  
que un instante  
recelosa  
no los deja  
de mirar.

Salir vivos  
sus hijuelos

ve repleta  
de solaz,  
y hasta hallarlos  
fuera todos  
no termina  
su ansiedad.

Pronto observa,  
que sus Hijos,  
larvas crueles  
son, no más,  
perezosas  
que no buscan  
el sustento  
natural.

Uno de ellos  
se le acerca  
más que todos  
los demás,  
y sus carnes  
atenaza  
con protervia  
sin igual.

De ellas come;  
su hambre sacia  
sin tenerle  
caridad.

Sus hermanos,  
que le miran,  
saltan todos  
á la par,  
y á su madre  
pican, muerden  
con tal saña,  
tal crueldad,  
que los lobos  
y chacales  
nada tienen  
que envidiar.

Tierna madre  
no se queja:  
resignada  
sufre el mal;  
aunque siente,  
que sus fuerzas  
decreciendo  
siempre van.

Ni una gota  
de su sangre  
nuestra Araña  
tiene ya,  
y los hijos  
su cadáver

despedazan  
con afán.

Ni uno solo  
de sus restos  
han sabido  
respetar.

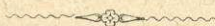
¿Te horroriza,  
lector caro,  
una raza  
tan voraz?

¿No la tiene  
¡quien lo duda!  
la moderna  
sociedad?

Madre patria  
tú responde.

*¡Cuantos hijos  
tuyos hay,  
que insaciables  
te acometen,  
sin dejarte  
respirar:  
y se ceban  
en tu sangre,  
y te apuran  
más y más,  
cual los Hijos  
de la Araña,  
que te he puesto  
de ejemplar!*

## LAS DOS REINAS Y EL RACIOCINIO.



Paseábanse gozosas  
llenas de afeites y aliños  
en carrozas elegantes  
hechas con gusto exquisito  
la Política y la Moda,  
las Dos Reinas de este siglo.  
Por sus formas encantaban,  
deslumbraban con su brillo;  
no por el mérito propio,  
sino por el artificio.  
En sus cuerpos, el azófar  
parecía oro fino,  
los cristales, pedrerías  
de los colores más vivos:  
en fin, era todo en ellas  
imaginario, ficticio.

Al verlas, los concurrentes  
abonados á sus círculos  
con un ardiente entusiasmo,  
ó, mejor dicho, delirio,  
dieron suelta á los corceles:

colocáronse en el tiro:  
y formados en columnas  
mujeres y hombres uncidos  
tiraban de las carrozas  
con inusitados bríos,  
agregándose, conforme  
sus aficiones é instintos.  
No satisfechos con esto,  
tomaron á hombros sus ídolos,  
poniéndolos, dando vivas,  
sobre dos tronos magníficos.

No tienen mayor altura  
las pirámides de Egipto,  
que los montones de incienso,  
que quemaban de contínuo  
ante las profanas Reinas  
en millones de turíbulo.  
Los cetros y las coronas,  
las espadas de dos filos  
de innumerables guerreros,  
las plumas del periodismo,  
todas las ricas preseas,  
que adornan á nuestro siglo  
al pie estaban de ambos tronos,  
cual prendas del servilismo  
de aquellos, que con su influjo  
adquieren fama y prestigio.  
Al rededor de las Reinas  
en constante remolino,  
mujeres y hombres pasaban



de todas clases y oficios,  
encomiando sus grandezas,  
y reputando ridículos  
á aquellos, que en sus regiones  
no gozaban puesto digno.

Mas de pronto un Caballero,  
que viste traje sencillo,  
y que en su rostro revela  
ser un señor distinguido,  
al ver á aquellas Dos Reinas,  
que, cual diosas del Olimpo,  
recibían mayor culto,  
que los ídolos antiguos,  
soltó una gran carcajada,  
é intentó pasar altivo,  
retratándose en su rostro  
el desprecio y el desvío.

Muchos escandalizados  
le salieron al camino  
diciéndole.—¿Así tratas  
á Las Dos Reinas del siglo?—  
—¿Quién eres?—preguntó airado  
un aprendiz de ministro.  
—Yo soy—dijo el Caballero,  
—inalterable enemigo  
de esas Dos Reinas, engendros  
del contubernio maldito  
del lujo con la locura  
y de todos sus adictos.—

La Política y la Moda,

agitándose al oirlo  
—dí tu nombre, dí tu nombre—  
exclamaron dando gritos.  
Todos los admiradores,  
encerrándole en un círculo,  
—dí tu nombre—repetían  
—grosero, vil, mal nacido.—  
Pero el Caballero entónces,  
sin inmutarse, les dijo.  
—¿Para qué quereis saberlo,  
si no es aquí más que un mito?  
Soy un agente del alma:  
es mi nombre Raciocinio,  
y jamás á vuestro lado  
tendré ni asiento, ni sitio;  
porque yo no estoy de moda,  
ni soy un juglar político.  
En prueba de ello, seguidme,  
sin ambajes, ni distingos,  
cuantos quieran ajustarse  
á mis eternos principios.—

Todos quedaron un rato  
taciturnos, pensativos,  
sosteniendo sus conciencias  
con sus hábitos é instintos  
lucha abierta; pero al fin  
ninguno seguirle quiso.

Al marcharse, de este modo  
raciocinó el Raciocinio.

*Los que admiten discusiones*

*sobre la Moral de Cristo,  
y la existencia de Dios  
ponen en tela de juicio;  
y respetan, como dogmas,  
despropósitos políticos,  
aceptando de igual suerte  
extravagantes caprichos  
de las ridículas modas,  
que el lujo en sus desvaríos  
regala á la Europa culta  
¿podrán tener raciocinio?*

---

## EL ROBLE Y LOS HONGOS.

---

Sobre el tronco robusto de un Roble  
muchos Hongos tranquilos moraban,  
y de un modo, en verdad, poco noble  
pertinaces su savia chupaban.

—¿Cómo?—el Roble les dijo enfadado,  
—á pesar de mi tosca dureza,  
so pretexto de estar á mi lado  
abusais de mi trato y largueza?

Cuando en alas del céfiro blando  
á mis pies os echásteis serviles  
en mis fuerzas apoyo buscando  
¿quién pensara que fuérais tan viles?

¿Quién creyera que seres, que apenas  
sus cabezas del suelo levantan,  
irritando constantes mis venas  
me originen dolores que espantan?

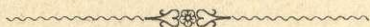
Poderoso señor de las selvas  
por mi fuerza y grandeza admirado,  
¿á unos entes, que no son ni yerbas,  
nunca puedo arrojar de mi lado?

Pero un Hongo le dijo.—¿Te extraña,  
que, por ser un Señor poderoso,  
unos Hongos de nuestra calaña  
te sujeten á un yugo ominoso?

Si las plantas del fuerte besamos,  
no es jamás por razón ni respetos;  
como al lado del fuerte medramos  
este medro nos tiene sujetos.—

*Sin conciencia al poder adheridos,  
¡cuántos hongos, cual estos se observan,  
chupadores, que crecen fornidos  
y Nación y Gobiernos enervan!*

## EL JURADO ARTÍSTICO.



No cincuenta, ni cien, diez mil cuestiones en cierta población se suscitaron, que con lluvias de sendos mojicones buen número de veces terminaron sobre este mismo tema en todas partes. «Inquirir la más bella de las artes.»

Aunque la sangre no llegaba al río, presentóse el asunto de tal modo, que se debió decir: «¿Quién compra un lio?» porque era confusión y embrollo todo; y en medio de tan fuerte algarabía el sentido común no se veía.

Para dar sabio fin á la querella, y calmar la ansiedad de tanta gente interesada en la cuestión aquella, como medio más digno y más prudente, decidieron, el tema ya enunciado someter al criterio de un Jurado.

Este formóse de personas listas competentes las más en el asunto: en él brillaban célebres *artistas*,

como piedras preciosas del conjunto,  
á quienes dieron fama, prez y lustre  
las tijeras, la lezna y el palustre.

Sobre qué significa, Bellas Artes,  
cuatrocientos discursos se escucharon,  
que á las pobres palabras por mil partes  
sin tener compasión acuchillaron;  
hasta que al fin, para evitar querellas,  
todas las Artes declararon bellas.

Este preliminar establecido,  
reducida quedaba la consigna  
á averiguar de un modo decidido  
la más noble entre tantas y más digna;  
para que sepa, cuanto el mundo abarca  
cuál de las Artes es jefe y monarca.

No se oyeron jamás tantos primores  
y brotes espontáneos de elocuencia  
de muchos eminentes oradores,  
que en tortura pusieron la paciencia,  
cuyos nombres en páginas de oro  
las historias conservan, cual tesoro.

¿Quién al pincel de Urbino y al de Apeles  
el lápiz del litógrafo antepone?  
¿y el célebre buril de Praxiteles  
á la garlopa y al formón pospone?  
¿quién coloca á Frascuelo y Mazzantini  
sobre Mozart, Meyerbeer y Rossini?

No faltó quien tratara de zopenco,  
y digno de llevar un ataharre  
al que juzgara al *cantaor* flamenco

inferior á la Patti y á Gayarre:  
y al que en honor del pueblo soberano  
no le llamara artista al artesano.

Tampoco quien bebiendo en limpia fuente  
defendiese la artística belleza  
de una manera grande y elocuente  
en toda su verdad y su pureza;  
mas nunca el agua clara encuentra modo  
de conservarse diáfana en el lodo.

Cesaron los discursos. Todo el mundo  
esperó la sentencia del Jurado  
el silencio guardando más profundo,  
cada cual á su modo impresionado;  
hasta que al fin calmóse la impaciencia  
leyendo el Secretario esta sentencia.

«Considerando que del pueblo el juicio  
»es la base y principio de la ley,  
»y que la Tauromaquia ve propicio  
»mas que todo otro arte el pueblo-rey:  
»Fallamos con arreglo á su deseo,  
»es el arte más Bello el del Toreo.»

*¿Qué os parece, carísimos lectores,  
el juicio popular? La simpatía  
plagada de ridículos errores  
es su mentor, su consejera y guía.  
¿Podemos confiar en él fundado,  
nuestras vidas y haciendas al Jurado.*

---



## LA HIGUERA DIPLOMÁTICA.



Díjole la Higuera al Viento:

—tú, que obras maravillas,

cuando esparzas

con tu carácter violento

por el campo las semillas

de las zarzas,

tráelas aquí á mi regazo,

do me servirán de abrigo

y de cerca,

y verás en breve plazo,

cómo ningún enemigo

se me acerca.

Tranquila así viviré;

sin que ni hombres ni brutos

me hagan daño,

y sin trabas creceré,

aumentándose mis frutos

de año en año.—

—Ten—dijo el Viento—por cierto,  
que coadyuvaré á tus planes.

Ya se apresta  
mi tropa; pero te advierto,  
que tener muchos guardianes  
caro cuesta.—

Cuando la Higuera nacer  
á sus plantas, y surgir,  
zarzas vió,  
inundada de placer,  
soñando en su porvenir  
así habló.

—Álzate zarza bendita:  
ensancha á la vez tus redes  
sin cesar;  
que ni la corza maldita  
pueda tus gruesas paredes  
dominar.

Para evitar toda guerra  
armarme en paz es mi anhelo;  
porque así  
ningún monstruo de la tierra,  
ave ninguna del cielo  
llegue á mí.—

Mientras el zarzal crecía  
la pobre Higuera enfermaba  
tanto, tanto,  
que anémica se veía,  
y su estado contemplaba  
con espanto.

Del suelo fiel se querella,  
que antes llevaba su yugo  
con placer;  
mas este al zarzal y á ella  
no podía con su jugo  
mantener.

Previendo cerca la ruina  
laméntase de su suerte  
sin aliento,  
cuando en la cresta vecina  
resonando bravo y fuerte  
dijo el Viento.

—Ya sientes los resultados,  
las esperanzas frustradas  
de tu plan:  
dulces tesoros guardados  
y grandezas codiciadas  
¿dónde están?

De aquellas frutas preciosas,  
de aquellos tallos verdosos  
¿tú que hiciste?

En las cargas ominosas  
de guardianes desastrosos  
consumiste.—

Calló el Viento; pero el eco,  
cuanto le dijo á la Higuera,  
repitió:  
y sin dejar ningún hueco  
este en toda nuestra esfera  
resonó.

*La idea de paz armada,  
que en toda Europa falaz  
predomina,  
al fin de cierta jornada  
producirá en vez de paz,  
solo ruina.*



XLII.

# LOS DOS CHACALES.



Dos chacales sanguinarios  
fiel amistad se prometen,  
cual si pudiera entre ellos  
haber nunca amigos fieles.  
Son de distintas familias,  
moran distintos albergues,  
por conveniencia se juntan,  
por instinto se repelen.  
Son como ciertos políticos  
de partidos diferentes,  
que en la desgracia se buscan,  
en la abundancia se muerden,  
y según las circunstancias  
se aman, ó se aborrecen.  
Incapaces para el bien,  
cual todos los de su especie,  
viven matando y robando  
los despojos á la muerte.



En prueba de su amistad  
juntos comen, juntos beben,  
juntos hurtan, juntos matan,  
obran el mal juntos, siempre  
que conviene hacerlo así  
á sus propios intereses.

Cierta noche, que celebran  
un abundante banquete,  
deciden constituir  
mancomunidad de bienes.  
En un antro subterráneo  
depósitos establecen  
de carnes, que más les gustan,  
cuando el olor es más fuerte;  
pero ambos antes haciendo  
un juramento solemne  
de no tocar al tesoro,  
sin consentir mutuamente.

Los consecuentes amigos  
allí sus sobrantes meten;  
mas lo que de día encierran  
de noche desaparece:  
así la Caja de ahorros  
solo guarda las paredes.  
Las irregularidades,  
como ahora llamarse suelen,  
ciertos robos, por entrambos  
mancomunados se advierten;  
pero hacen la vista gorda,  
pues cada cual por sí teme,

que al tirarse de la manta  
sus ropas sucias enseñe.

*Ved, por qué tantas estafas,  
que salir á flote deben,  
en oficinas diversas  
el sueño del justo duermen.*

---

## EL TALISMÁN DE LAS MAYORÍAS.



Un rico mercader de thé y de opio,  
 llamado don Procopio,  
 por el noble arte de birlibirloque,  
 sin embargo de ser un alcornoque,  
 llegó al Senado por derecho propio.

Su posición le daba desparpajo,  
 audacia su dinero;  
 y aunque en ciencia se hallaba bajo cero,  
 juzgábase capaz, sin gran trabajo,  
 de regir la nación y el mundo entero.

Monstruo raro de acierto y de fortuna,  
 apenas deseaba cosa alguna,  
 tan solo con dejar rodar la bola,  
 de una manera fácil y oportuna  
 llegábala á obtener por carambola.

No tropezaba en barras: su decoro,  
 sin andarse con dimes ni diretes,  
 lo pospuso á los bonos del tesoro,  
 á los miles de resmas de billetes  
 y á las talegas de contante oro.



Al verse senador hecho y derecho,  
púsose tan finchado,  
que con traje de oro recamado  
y de gruesos diamantes, satisfecho  
penetró por las puertas del Senado.

Entró en el Gran Salón. Era de noche,  
el gas iluminóle en un segundo:  
y al ver oro y brillantes, todo el mundo  
le adula, y le saluda á trochemoche,  
afectando el cariño más profundo.

Gracias á la actitud del Presidente,  
que creyó el homenaje ya excesivo,  
y cogiendo en la mano la imponente  
campanilla, arengóles de repente,  
cada mochuelo se marchó á su olivo.

El Ministerio entonces proponía  
un ruinoso contrato;  
sin embargo que cada cual sabía  
de que pie apretábale el zapato,  
¿quién le ponía el cascabel al gato?

El Gobierno creyó á roso y velloso  
ganar la votación ¡qué desatino!  
Al contrato leonino  
el rico Mercader tapió el camino,  
obligando al Gobierno á hacer el oso.

¡Mágico Talismán! Tanta riqueza  
al hombre nuestro puso en candelerero,  
como cubre con oro su corteza,  
sin reflexión tras él vá la Grandeza,  
como la sogá vá tras el caldero,



Un caso y otro caso presentóse:  
ya por fas ó por nefas, el Senado  
corrió tras don Procopio deslumbrado,  
y al fin el Ministerio convencióse,  
que tortas no era todo y pan pintado.

*Porque toda inconsciente Mayoria,  
que no discurre nunca por su cuenta,  
fascinase ante el oro y pedrería:  
sin tón ni són el interés la guía,  
arrimándose al sol que más calienta.*

---

## EL SAPO Y EL GRILLO.



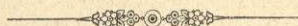
Un Sapo soberbio se hinchaba,  
y al cielo orgulloso escupía:  
la misma ponzoña, que echaba,  
el aire ofendido tornaba,  
y al Sapo otra vez devolvía.

—Depón—dijo el Grillo—tu anhelo;  
suspende ese inmundo trabajo.  
¿Intentas el diáfano cielo,  
que tanto se eleva del suelo,  
manchar desde un sitio tan bajo?

Lanzando esa hiel ponzoñosa,  
¿tú piensas ganar en grandeza?  
¿No vés, como torna afrentosa,  
y, en vez de manchar otra cosa,  
te cubre de lomo á cabeza?—

*Lo mismo lograis escritores  
de sucia y de baja calaña,  
lanzando calumnias y errores  
al tiempo, en que obtuvo mayores  
grandezas y glorias España.*

## La Papelera y los Ratones.



Tiene un Conde tronado  
en tan ruinoso estado  
su casa solariega,  
que por cualquiera lado  
la barre el viento, y el turbi3n la riega.

Cruzan por los salones  
cuadrillas de Ratones  
escu3alidos, endebles,  
sin m3s ocupaciones  
que registrar los carcomidos muebles.

Ven una papelera  
enorme de madera:  
hacia ella caminan,  
y, cual si un muro fuera,  
tomarla por asalto determinan.

Dominan sin batalla  
la oct3gono muralla.  
¿C3mo penetran dentro?  
Ninguno claro halla  
para llegar al codiciado centro.

Á la vez, de repente

todos hincan el diente;  
con tan sutiles artes  
consiguen prontamente  
acribillar el Mueble por mil partes.

Penetran los Ratones:  
registran los cajones;  
y en vez de hallar pasteles,  
ó quesos, ó jamones,  
solo encuentran legajos de papeles.

Sus dientes acerados  
abren por todos lados  
expeditos caminos,  
hasta que al fin sellados  
hallan rollos de gruesos pergaminos.

Soporta á su manera  
la antigua Papelera,  
que aquél enjambre innoble  
sin compasión le hiera,  
y penetre en su estómago de roble.

Mas cuando malamente  
tratar los rollos siente;  
á la turba maldita  
se queja amargamente,  
y estas palabras dice, ó más bien grita.

—¿Tratais, cual vil escoria,  
nobles timbres de gloria,  
que ese cajón encierra?

Roeis la ejecutoria  
del Conde más insigne de esta tierra.—

Un Ratón le responde.

—¡Cómo! ¿Cuándo, ni dónde,  
á que sean respetados  
tiene derecho el Conde  
unos timbres, que deja abandonados?

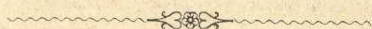
La Papelera clama:  
sus protectores llama:  
pero nadie aparece;  
y por más que reclama,  
los Ratonés mantiénense en sus trece.

El pergamino añejo,  
como sucio pellejo,  
destruyen con presteza,  
y en aquél Mueble viejo  
no dejan una pizca de nobleza.

*¡Oh! Cuantos su hidalguía,  
su mérito y valía  
fundan solo en blasones,  
esperen pronto el día,  
que estos sirvan de pasto á los ratones.*

---

## EL POTRO Á LA MODERNA.



Adquirió un hermoso Potro  
un Caballero andaluz  
de esos, que su vida pasan  
en el Casino y el Club.

Educarle á la Moderna  
se propuso; pues, según  
sus teorías, es el lujo  
antorcha de la virtud,  
que dá á las naciones cultas  
bienestar, grandeza y luz.

Compróle tales arreos,  
que desde Tarifa á Irún,  
jamás se vieron mejores  
en riqueza y pulcritud.

Era la cuadra un salón  
de estilo nada común  
con pavimento de mármol  
de color blanco y azul:  
en fin, alojado estaba  
mejor, que un antiguo Dux  
de Venecia, cuando ésta

era terror de Stambul.

Entrevíase, sin embargo,  
de la opulencia al trasluz,  
que poco á poco perdía  
la arrogancia y la salud.

Cierto día, levantando  
disgustado su testuz,  
dijo al amo.—Me parece  
que si, con la lentitud  
que usas, me echas la cebada,  
sin añadir algún plus,  
pronto estaré convertido  
en un potro de cautchuc,  
que marche, á impulsos del aire,  
por Norte, igual que por Sur.—

—¿Esas tenemos?—Responde  
el amo con acritud.

—Es verdad, que la cebada  
llega poco á tu baul;  
pero paja mala ó buena  
nunca te ha faltado aún.

En cambio, en boato ¿quién  
se halla á la altura que tú?  
No es posible la grandeza  
sin sufrir alguna cruz.—

—¿Qué me sirve—dijo el Potro  
—tu extraña solicitud,  
tener la cuadra de mármol  
y las mantas de tisú,  
si, cual los camaleones,



me trasparente á la luz?—

—¡Oh!—Exclamó el amo furioso,

—¡por vida de Belcebú!

¿tú tambien quieres volvamos

á los tiempos de Saul?—

El Potro que no sabía  
de historia antigua una cu,  
volvió los cuartos traseros  
sin decir siquiera abur.

*En el modo de educar  
á este caballo andaluz  
y á los países modernos,  
¿no encontráis similitud?*



## LA ZORRA Y LAS GALLINAS.



Quiso una Zorra asaltar  
después de rayar el día  
el corral de una alquería,  
porque desde fuera oía  
gallinas cacarear.

No lo logró; y á un castaño  
contiguo se encaramaba,  
hasta la copa se alzaba:  
y al subir, sacar trataba  
la barriga de mal año.

Desde allí miró al corral.  
Era la distancia mucha;  
pero como vieja y ducha  
la voz del instinto escucha,  
y no dió el salto mortal.

Con esto no se abatió,  
ni le faltó otro recurso:  
al gallináceo concurso  
este notable discurso  
sin prepararse endilgó.

—Gallinas, que liberales  
la infamia desconocéis,  
el libre amor ejerceis,  
y vida común teneis,  
siendo en derechos iguales;  
¿por qué en cautiverio duro  
en esa cárcel vivís?

¿Por qué hacia acá no venís,  
y las crestas no lucís  
en la cresta de ese muro?

Alzad, remontad el vuelo;  
no necesitáis escalas:  
y las elegantes galas  
de vuestras pintadas alas  
brillarán allá en el cielo.

De dirigiros me encargo;  
si no desdeñais mi exhorto,  
contemplará el mundo absorto,  
que aves de vuelo tan corto  
lo tengan largo, muy largo.—

La escucharon sin recelo  
aquellas Aves sencillas:  
salieron de sus casillas,  
y soñando maravillas  
alzaron todas su vuelo.

Mas según fueron llegando  
á donde la Zorra estaba,  
después que las alababa,  
los colmillos les hincaba,  
y las iba degollando.

El Gallo, que más prudente  
del corral no se salió,  
á la Zorra preguntó.

—¿Por qué lo que peroró,  
ni lo cumple ni lo siente?—

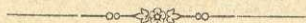
—¡Bah!—le dijo la Raposa.  
—¿Cumplir yo? ¡qué bobería!  
Entonces no comería.

Una cosa es la teoría,  
y la práctica otra cosa.—

*Políticos vocingleros,  
como la Zorra os portais:  
mentidas glorias brindais,  
mientras la nación dejais  
sin glorias y sin dinero.*



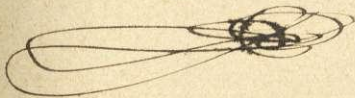
## EL ÁGUILA Y EL LEÓN.



Un Águila y un León,  
ambos monarcas insignes,  
sus dominios extendían  
sobre unos mismos países:  
élla en la región del aire,  
el León en tierra firme.

Celebraron un tratado,  
que todavía les rige,  
concediendo á entrambos pueblos  
tratos y comercio libres.

No previó el Rey de los bosques,  
que nada tenía de lince,  
cuanto aquel necio tratado  
á su Reino perjudique.  
No tuvo en cuenta el Monarca  
los medios locomotrices,  
que á los cuadrúpedos y aves  
naturalmente distinguen.  
No pueden entrar aquellos  
en los etéreos confines;



y estas en toda la tierra  
no encuentran trabas, ni diques.

Es el imperio del Águila  
desierto estéril, horrible,  
do no hay siquiera un oasis,  
que germine, ó fructifique.  
En cambio en el del León  
natura alegre sonrío,  
do las comerciantes aves  
encuentran ganancias pingües.

El León, todos los días  
reclamaciones recibe  
de sus vasallos más caros,  
respetuosos y humildes.  
Por último, arrepentido  
á la Reina alada dice.  
—Señora, yo en los combates  
soy un guerrero terrible;  
más respecto á diplomacia  
no comprendo ni una tilde.  
Celebramos un concierto,  
que fué un verdadero crimen,  
y á mi pacífico reino  
esclavo del tuyo hice;  
así pues, aquél tratado  
por injusto se rescinde.—  
—¿Cómo?—replicóle el Águila.  
—¿Su Majestad se desdice?  
Hacer un tratado es fácil;  
más deshacerlo difícil.

Un pacto internacional  
por un tiempo indefinible,  
sin consentir ambas partes,  
ni se rompe, ni se extingue.  
Ruega el León, pero en vano:  
justicia á los dioses pide;  
mas éstos de sus lamentos  
y sus furores se ríen.

Corrido y avergonzado  
marchó á su palacio triste,  
sin permitir que le hablen  
nunca del comercio libre.

*Ministros libre-cambistas  
españoles, ¡oh! decidme.  
Este tratado y los vuestros  
¿no juzgais qué son afines?*

---

## EL GAVILÁN Y LA LIEBRE.



Angustiada por la fiebre  
enferma grave se hallaba  
una desgraciada Liebre.

Un Gavilán, que pasaba,  
á su lado se paró,  
y mientras la registraba  
de esta manera le habló.

—Tu enfermedad es mortal;  
pero si consientes, yo,  
puedo curarte ese mal.

—¿Qué he de hacer? Consiento, sí,—  
contestóle el animal.

Autorizado ya así  
aplicando á punto insano,  
como pinza y bisturí,  
su pico encorvado, ufano  
con él le arrancó una espina  
más diestro que un cirujano.

Sin usar más medicina  
la Liebre, viéndose buena,



marchar de allí determina  
de gratitud su alma llena.  
—¿Cómo?—dijo el Gavilán.  
Aún no ha acabado la escena.

Contén tu ligero afán;  
mis honorarios de pago  
sabes pendientes están.

—Si nada tengo ¿qué hago?—  
la Liebre le preguntó.

—¿Con qué, pues, te satisfago?—

—Con esto me cobro yo:  
de muy poco te despojo,—  
y el Gavilán le picó,  
dejándola sin un ojo;  
y se marchó repitiendo.

—Yo siempre cobro á mi antojo.—

Al gran Júpiter tremendo  
la pobre Liebre fué en queja  
de aquél crimen tan horrendo.

—No me calientes la oreja—  
díjole riendo aquél,

—en breve el Olimpo deja:

conozco que ha sido cruel;  
pero ¿está la Medicina  
sujeta acaso á arancel?—

*En donde la ley termina  
nace la inclemencia avara;  
así pues no es cosa rara,  
que hoy extraer una espina  
cueste un ojo de la cara.*

L.

## LAS DOS VELAS.



Estaba un cuarto alumbrado  
por Dos Velas: de una era  
la sustancia pura cera,  
de otra esperma de pescado.

—Tú careces de pudor—  
dijo á aquella esta insolente,  
—¿no te ciegas de repente  
al mirar mi resplandor?

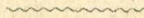
Mi luz el progreso aprecia,  
por ser hija del progreso:  
tú ¡tradicional! por eso  
tu propia casa es la Iglesia.—

—No blasfemes. ¿Por ventura—  
dijo la Cera—sé franca,  
el aparecer más blanca  
demuestra que seas más pura?

Hasta en el regio aposento,  
más que yó logras brillar;  
¿pero esto puede borrar  
tu origen sucio y grasiento?

La Iglesia pura y eterna  
prefiere mi resplandor,  
porque todo tu fulgor  
es solo belleza externa.—

*La industria con su adelanto  
podrá embellecer el cieno;  
pero nó que el mal sea bueno,  
ni que lo impuro sea santo.*



## LA ELECCIÓN DE REY CONSORTE.



Joven Águila Real, que núbil era,  
plenos poderes otorgó á su corte,  
para que ésta eligiera,  
conforme á su entender, el Rey Consorte.

El clarín de la fama  
esparció la noticia á todos vientos,  
levantando las dotes de la dama  
á fabulosa altura,  
ponderando sus nobles sentimientos,  
al par, que su candor y su hermosura.

Llegaban por los aires  
nubes de pretendientes  
con formas excelentes,  
ostentando sus gracias y donaires,  
y cada uno en su tono  
cantóse digno de ocupar el trono.

Como ya no se encuentran Espartacos  
ni en capital, ni en pueblo, ni en campiña,  
casi todos aquellos pajarracos,  
sin temor de que mienta,  
eran, sin duda, pájaros de cuenta,

ó, mejor dicho, aves de rapiña.

Llegó por fin el deseado día,  
y reunióse el Consejo.

Principió la sesión ¡qué algarabía!

Un consejero viejo

propuso para el óptimo destino

un Mochuelo de pura raza, albino,

que, pasando la noche siempre en vela,

fuera de Reino y Reina centinela.

Mas todos exclamaron: ¡desatino!

El velar por el Reino es un abuso,

que á nadie nos conviene, ni está en uso.

Vióse sobre el pupitre

del Presidente un nuevo candidato:

era un longevo Buitre,

rey consorte barato;

pues comiendo, no más, carne podrida,

podía pasar su vida

sin más ostentación ni más boato.

Mas todos gritan:—fuera el carnicero.

Al chacal preferimos el cordero.—

Tocóle al Pavo Real también su turno.

Entró abriendo el prepósteros abanico,

ostentando á la luz sus cambiantes

en el plumaje de colores rico:

calzaba espuelas, pero no coturno,

por diferir de antiguos comediantes;

aunque farsante por naturaleza,

presume de valor, prez y grandeza.

Mas al verlo exclamaron sin reparo:

—Rey opulento costará muy caro.—

Otros cien y otros mil se propusieron:

la misma mala suerte

ya por fas, ya por nefas padecieron.

Un consejero advierte,

que hay allí pajaritos

graciosos y bonitos,

algunos de tamaño

un poco superior á los mosquitos,

y dijo en alta voz.—Si no me engaño,

todos queremos Rey poco temible:

mirad esos bichitos,

cualquier de ellos paréceme admisible.—

El plán sin discusiones fué aprobado

para salvar la nave del Estado.

Impúsose silencio en absoluto.

Principió la sesión ¡cuánta fortuna!

Todos votaron sin reserva alguna

al Colibrí más ruin y diminuto.

Cuando el pájaro Mosca

ante el Águila Real fué presentado,

ésta dijo muy hosca.

—Pícaros consejeros:

comprendo bien vuestra razón de Estado.—

—Carga chica, Señora, chico porte—

contestó un aguilucho:

—ó yó me engaño mucho,

ó la Reina y su corte

con este Rey Consorte

por la noche, por tarde y por mañana

podrán hacer cuanto les dé la gana.—

*¡El menor rey posible! ¡bah! ¿qué és eso?  
¿tú comprendes, lector, esta doctrina?  
Según las avanzadas del progreso  
es un sér, que la lógica asesina,  
un juguete especial de carne y hueso  
con el alma de corcho, ó cartulina.*

---



## EL ABOGADO INJUSTO.



Por hablar en estrado  
á favor de un ladrón un Abogado,  
vestir con mil disfraces,  
y ocultar con tupidos antifaces  
los más patentes hechos,  
apreció sus derechos  
á tenor de cien reales por minuto:  
procedimiento cómodo y sencillo  
para pasar el reprobado fruto  
de manos del ladrón á su bolsillo.

El famoso Abogado,  
perito competente en el Derecho,  
gozaba tan elástica conciencia,  
que esclavizaba su talento y ciencia  
al sórdido ideal de su provecho.

El ladrón, era un tuno  
astuto y oportuno,  
tenía de perro olfato,  
y ensanchaba en lo obscuro sus pupilas  
en fuerza de costumbre como un gato.



Gracias á la pericia  
de cinco Magistrados,  
obró cual muchas veces la justicia,  
dando justos y opimos resultados.  
El ladrón salió absuelto,  
sus víctimas robadas,  
y al pago de las costas condenadas.

Una noche, que estaba descansando  
el Letrado en su lecho,  
de los gajes del día satisfecho,  
en tesoros soñando,  
angustiado por ruda pesadilla  
vé ¡qué horror! al ladrón que se acercaba  
á su pingüe tesoro, y lo robaba.

Despierta incontinentemente:  
lejano ruido siente:  
se arroja de la cama:  
á sus sirvientes llama:  
enciende una bujía:  
con el traje de Adán solo vestido  
corre despavorido  
al lugar, donde esconde su tesoro,  
y aquella fantasía,  
que mentía despierta  
tantas y tantas veces,  
según le convenía,  
para engañar los Jueces,  
¡oh! cuando duerme acierta:  
la caja del tesoro está vacía.  
Miróse el desdichado, y vióse encueros

sin ropa, sin conciencia y sin dineros.

Medita el Abogado:

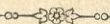
conoce su pecado,  
y avergonzado exclama.

—Yo he sido el criminal, yo me he robado.  
Los que en vez de que alumbre á la justicia  
la luz de la verdad, ésta obscurecen,  
los desastrosos frutos de su obra  
tan solamente recoger merecen.—

*El Abogado Injusto,*  
*que, hambriento de intereses materiales,*  
*la noble profesión, que representa,*  
*envilece y afrenta,*  
*lacerando los vínculos sociales,*  
*¿habrá, caro lector, habrá quien dude,*  
*aunque en legales títulos se escude,*  
*que es más perjudicial, causa más males,*  
*que los más avezados criminales?*

---

## EL DOMADOR Y LAS FIERAS.

——

Véanse formando hileras  
innumerables Fieras,  
cada cual de su casta,  
en una plaza vasta,  
do bailan á compás  
al son de los platillos,  
panderos y organillos,  
tangos y rigodones,  
cancan y scotillones,  
cual no se vió jamás.

Ya giran, ya se paran,  
se juntan y separan;  
ya tornan, ya retornan,  
se agitan y trastornan:  
aquello era un primor.  
Y danzan abrazados  
los tigres y venados,  
y leopardos y monas,  
y toros y leonas  
de la plaza su redor.

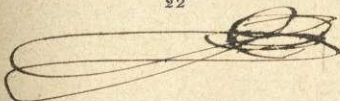
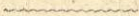
De pronto unas cansadas,  
las otras mareadas,  
dando fin al trabajo,  
de lado ó boca abajo  
se tumba cada cual.  
El Domador les grita,  
entusiasma y excita;  
no son Fieras, son bronces,  
y el público dá entonces  
la silva general.

El Domador se amosca:  
y con cara bien fosca  
dice á la concurrencia.  
—Tened, tened paciencia;  
yo sé lo que hé de hacer.  
¿Os disgusta el marasmo?  
¿Os place el entusiasmo?  
Entiendo los registros,  
mejor que los ministros,  
como lo vais á ver.—

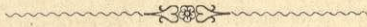
Entra en sus oficinas  
y saca golosinas:  
á las fuertes complace  
con lo que más les place  
¡remedio singular!  
Pero á las más endebles,  
como si fueran muebles,  
sacúdeles severo  
con látigo de cuero,  
haciéndoles bailar.

La música tocando,  
y las Fieras danzando,  
el Domador riendo,  
y el público aplaudiendo  
termina la función.

*Lector, del modo mismo  
se forma el embolismo  
del público entusiasmo,  
fábrica de sarcasmo,  
que afrenta á la nación.*



## EL PERRITO FALDERO.



Un Perrito Faldero  
mimado y consentido,  
ídolo de la dueña de la casa,  
que de día y de noche,  
lo mismo á pie que en coche,  
de paje le servía,  
llegando hasta el extremo su cariño  
de abrazarle, y besarle, como un niño,  
soberbio trata por orgullo necio  
los demás animales con desprecio.

Llámanle general: era su vida  
comer carnes y dulces exquisitos,  
echar sobre el estrado  
siesta reparadora,  
ó ya en el tocador de la señora  
aspirar un ambiente perfumado.

Á todo ser viviente, que veía,  
desde lejos ladraba,  
y aunque jamás de frente acometía,  
con frecuencia la casa alborotaba,  
y muchas veces á traición mordía;  
logró así el Gozquecillo fácilmente

adquirir el renombre de valiente.

Todos los perros que en la casa estaban,  
que, en verdad, no eran pocos,  
porque el dueño la echaba de montero,  
al Perrito Faldero  
hombres y respeto tributaban,  
más por miedo al castigo,  
que por virtud, y reputarle amigo.

Cierta noche ladrones  
en el jardín penetran:  
los perros, al sentirlos, acometen  
indómitos ladrando,  
la vecindad y casa alborotando.  
Al ruido, el Falderillo,  
aunque de mala gana,  
se asoma á una ventana  
del cuarto piso, donde ladra ufano;  
pero al verlo un alano  
de testa colosal y hocico romo  
le dice.—No seas plomo,  
generalito, baja pronto, y calla:  
ocupa el primer puesto  
en esta ruda y desigual batalla.—

—¿Cómo?—el Gozque contesta.—En él estoy:  
gozar y alborotar son mis oficios.  
¿No respetas la altura en que me veo?  
¿Bajarme yó hasta tí? Jamás: yo soy  
general de salón, y no peleo.

*¿Nunca has visto en los centros oficiales  
esta casta, lector, de generales?*

## EL LORO SABIO.



Porque charlaba cierta algarabía  
un Loro se creía  
sabio profundo;  
y aunque nadie entendía lo que hablaba,  
su ciencia se alababa  
por todo el mundo.  
Tal es el juicio popular: admira  
cuando el locuaz delira,  
que no comprende;  
mientras que al sabio indubitable, necio  
mira con menosprecio  
por que lo entiende.  
*Apóstoles de Kant ¿no es vuestra jerga  
parecida monserga?  
¡Ah! Con desdoro  
de la recta razón os envanece,  
y al mundo solo ofrece  
ciencia de Loro.*



EL TIGRE, EL OSO BLANCO Y FAUNO.



Un Tigre del Indostán  
y un Oso Blanco noruego  
por quítame allá esas pajas  
se llenaron de improperios.

Desafió el Tigre al Oso,  
feroz éste aceptó el reto,  
é intervino el mismo Fauno,  
como juez y medianero.

El buen Semidios, que era  
prudente, como discreto,  
á fin de reconciliarlos  
apuró todos los medios;  
y procedió á concertar,  
consultando antes con ellos,  
las armas, el sitio y hora,  
para el combate sangriento.

—Habla tú,—díjole al Tigre.  
—Pronto serás satisfecho—  
contesta el fiero Felino  
de este modo prosiguiendo.

—Armas, que sean las uñas:  
sitio, un ardiente desierto:  
hora, la de media noche,  
y todo esté triste, negro.—

Levantándose el Plantígrado  
sobre los miembros traseros  
replicó lleno de ira.

—Ni me conformo, ni apruebo.  
Armas, dos fuertes garrotes:  
sitio, un desierto de hielo:  
hora, la del medio día,  
y el sol alumbre los cuerpos.—

—Pues yo—interrumpióle el Tigre  
más bien que hablando, rugiendo,  
—semejantes condiciones  
ni las apruebo, ni acepto.

No son justas.— —Ni las tuyas—  
respondió el Oso.—Comprendo.—  
Dijo el Semidios.—El caso  
merece análisis serio.

Si son las armas las uñas  
¡pobre Oso! en un momento  
le abrirán de arriba abajo  
diez firmes garfios de hierro.  
Mas si fueran dos garrotes  
¡infeliz Tigre! indefenso  
pronto viéramos en tierra  
desparramados sus sesos.  
Si el sitio, como este quiere,  
es un ardiente desierto,

no podría el Oso Blanco  
respirar su aire de fuego;  
mas si fuera, como el Oso  
pretende, un campo de hielo  
quedara el Tigre aterido  
sin acción, ni movimiento.  
Éste propone la hora  
en que el contrario vé menos,  
mientras sus ojos de gato  
distinguen bien los objetos:  
el Oso, aquélla en que puede  
dar los golpes más certeros.  
De cualquier de las maneras,  
que se celebre este duelo,  
se cometerá, sin duda,  
un asesinato horrendo,  
rebajándose á asesino  
quien lidia por caballero.—

—Entonces—los dos exclaman:  
—que dicte el azar el medio.—

—La suerte nada varía  
las condiciones del duelo.—

Al responder así Fauno  
los dos guardaron silencio,  
y los fieros animales  
desistiendo de su empeño,  
ambos, callados se marchan,  
buscando en rumbos opuestos,  
uno el constante verano,  
el otro el perpetuo invierno.

El Semidios de las selvas  
quedóse así discurriendo.  
—El duelo, á pesar de ser  
achaque de todos tiempos  
de la pobre humanidad,  
y tolerado á lo menos  
de los gobiernos que hoy rigen,  
por injusto lo condeno:  
por desigual lo abomino:  
por inmoral lo detesto:  
por inútil para el bien  
es digno de menosprecio.—

*El que muere en desafío  
lleva patente de lerdo:  
el que mata hasta la tumba  
la cruz del remordimiento.*

---

LVII.

LOS CUCAÑEROS.

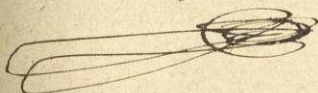


Fijo en un punto de una plazuela  
suave y seboso, como una vela,  
álzase un palo flexible y liso,  
más que los techos del cuarto piso,  
¡que elevación!

Cerca la altura, como un martillo,  
cruza otro palo, de cuya izquierda  
casi al extremo, cuelga un bolsillo,  
y á la derecha, de tosca cuerda  
pende un jamon.

Como serpiente, con firme anhelo  
se enrosca al palo diestro Pilluelo;  
vencer pretende, lo patentiza,  
la superficie resbaladiza  
por el jabón.

Con cierta pausa subir procura;  
mas de repente, ¡qué horror! resbala,  
cuando se encuentra ya á media altura,  
y al suelo llega como una bala  
sin detención.



Otro Pilluelo desarrapado  
el palo abraza ligero, osado:  
se estira, encorva, descansa y brega,  
ya se aproxima; pero no llega,  
cae de rondón.

Sube otro y otros; pero ¿qué pasa?  
Ya van cayendo menos deprisa,  
por que los Pillos sacan la grasa  
entre los pliegues de la camisa  
y el pantalón.

Divierte al pueblo, que el Cucañero  
lleno de manchas suba ligero,  
y su codicia la satisfaga;  
sin ver el pueblo, que solo él paga  
la diversión.

Ya Febo á Ocaso su carro arrima:  
ninguno toma solo el castillo;  
pues todavía junto á la cima  
miran, que á un lado cuelga el bolsillo,  
y á otro el jamón.

Al ver frustrados tantos afanes  
júntanse todos los Perillanes;  
uno, en el palo diestro se aferra,  
sube, vacila; mas grita: *tierra*,  
como Colón.

Total remedio, canta victoria:  
logra con tierra vencer el potro:  
sube á la cumbre lleno de gloria:  
corta los nudos, y creése otro  
gran Macedón.

Rápido baja, como saeta:  
recibe aplausos, ¡dicha completa!  
los Cucañeros lo hacen caudillo,  
y marcha en medio de tanto Pillo  
en procesión.

*¡Cuántos caudillos hay en España,  
que pingües sueldos llevan por dote,  
porque subieron por la Cucaña,  
siendo ¡oh vergüenza! plagas y azote  
de la Nación.*

---

## EL DIAMANTE Y EL ABEJORRO.

---

En suntuosa estancia,  
lujoso camarín,  
que á Venus diera envidia,  
si fuera por allí,  
un Diamante, tamaño  
de un ojo de perdiz,  
brilla en cajita abierta  
de nácar y marfil.

Un Abejorro feo,  
estúpido y cerril,  
espanto de las gentes  
sencillas del país,  
que temen nuevas malas  
cuando lo ven venir,  
con negra calavera  
pintada sobre sí,  
ronco fagot sonando  
sus alas al batir,  
atolondrado vuela,  
tropieza allá y aquí;



sin respetar espejo,  
consola ni tapiz.

La Piedra, al verle, grita.

—Avechucho infeliz,  
¿tú te atreves, grosero,  
á presentarte aquí?

¿No sabes quien yo soy?—

—Ni lo puedo inferir—

Contesta el Abejorro  
con ademán hostil.

—Si cristal, eres chico,  
y si peñasco, ruin.—

—¿Cómo?—Exclama el Diamante.

—¿Te atreves á zaherir,  
á quien el mundo entero  
inclina la cerviz?

Desde el metal más noble  
á la piedra más vil  
los hiero cuerpo á cuerpo  
en lisa y llana lid,

sin que ninguno pueda  
mi duro cuerpo herir.

Yo rasgo los cristales:

yo corto el esmeril;  
y de la luz, que el cielo  
me llega á dirigir,

sus rayos descompongo  
apenas toca á mí.

Teme mi furia y vete,  
deslenguado, malsín.—

Atónito el Insecto  
de tanta cosa oír,  
levántase en sus alas,  
buscar quiere el jardín;  
más no encuentra boquete,  
y dando vueltas mil  
tropieza en la cajita  
sin ver, ni discurrir:  
y aquél Diamante fuerte,  
terrible paladín,  
que hiere, sin que nadie  
jamás le pueda herir,  
que cercena los bronces,  
que corta el esmeril,  
y á cuyo valor, todos  
doblegan la cerviz,  
encima cae de un ascua,  
que arde en copa de zinc.

El Insecto, observando  
que se achicharra allí,  
pregúntale: ¿no eres  
siempre indemne en la lid?

¿No hieres, sin que nadie  
jamás te pueda herir?

¿Por qué la luz, que arroja,  
esa ascuilla tan ruin,  
no deshaces, y sufres  
que te consuma ahí?—

—Oye,—dice el Diamante,  
—lo que voy á decir.

Carbón cristalizado  
soy nada más; así  
esta pequeña lumbre  
no puedo resistir.

La natural alquimia  
por misterioso ardid  
dióme valor, dureza,  
brillo, sin conseguir  
variar de mi sustancia  
el átomo más ruin.  
Mi ser no ha mejorado:  
muero como nací.—

Calla, y el Abejorro  
nada más pudo oír:  
ceniza solo guarda  
ya la copa de zinc.

*Naciones formidables,  
jefes que las regís,  
puede la alquimia humana  
con ingenio sutil  
haceros poderosos,  
resplandecer, lucir;  
mas ¡oh! vuestra sustancia  
queda la misma, sí.  
Siempre lo noble es noble,  
siempre lo vil es vil,  
y derrumbaros puede  
el ser más baladí.*

---

## LOS DOS EJEMPLARES.



Hay en un punto cuyo nombre ignoro,  
yo no sé si extranjero ó nacional,  
un Ejemplar de Hierro, otro de Oro,  
como estudio de Historia Natural.

En apólogos, fábulas y cuentos  
todas las cosas pónense en acción,  
y expresan sus disgustos y contentos  
en cuanto al hombre sirven de lección.

El Hierro de esta libertad usando  
ufano al Oro dice.—Véme aquí  
un lugar preferente ya ocupando:  
el lugar que merezco, junto á tí.

Este siglo, dechado de justicia,  
de industria, de progreso y libertad,  
de su trono lanzando la avaricia,  
establece una sólida igualdad.

Me coloca á tu lado entre cristales:  
reconoce mi fuerza y mi valor:  
y dice al mundo entero: «son iguales;  
ya no es el rico al pobre superior.»—

—Desbarras—dice el Oro—¡desdichado!  
tú te encuentras conmigo en el andén,  
como está junto al amo su criado,  
sufriendo el menosprecio y el desdén.

Si somos para el siglo ambos iguales,  
fíjate en los que aquí llegan á entrar:  
pronto oirás lo que valgo, y lo que vales,  
si sus palabras quieres escuchar.—

Puéblase el gabinete de curiosos  
de toda clase, edad y condición:  
rompen todos al oro codiciosos  
el sello principal del corazón.

—Eres mi dios—barbota un usurero.

—Mi única esperanza—un industrial.

—Eres mi alma—grítale un banquero.

—Astro que no me alumbra—un menestral.

—Firme brújula—llámale un marino.

—Númen inmarcesible—un escritor.

—Eres mi sangre—dice un libertino.

—Mi sueño irrealizable—un labrador.

—Tu serás mi señor—jura un demócrata.

Clama un republicano:—eres mi rey.—

Dícele—préz y escudo—un aristócrata.

Y un alto funcionario:—eres mi ley.—

Un ratero le nombra:—imán del pobre.—

Un hipócrita indigno:—dura cruz.—

Un monedero falso:—flor de cobre.—

Un místico de pega:—ángel de luz.—

Un empleado:—flor del patriotismo.—

Un comerciante:—gloria de mi sér.—

Un militar:—antorcha de heroísmo.—

Un ministro:—cucaña del poder.—

Airado el Hierro grita de contino.

—Soy el más duro y útil de los dos.—

Los curiosos prosiguen su camino,  
sin contestarle, ni decirle adios.

—No grites—dice el Oro—habla más bajo;  
la humanidad jamás te ha de querer:  
tú la llevas al yunque del trabajo,  
yo la llevo á la mesa del placer.

¿Solicitas tú ser el pedagogo  
de este siglo engañoso? Torpe estás.  
Él blasona de libre y demagogo,  
y es tan servil, cual fueron los demás.

Si conforme á las leyes naturales,  
iguales no podemos ser los dos,  
¿tiene este siglo medios especiales,  
para enmendar la plana al mismo Dios?—

*Aprended, socialistas, este cuento:  
sobre su fiel doctrina medita,  
y decidme, aunque os cause sentimiento.  
¿Es factible en el mundo la igualdad?*

---

## Los Untos de la Fraternidad.



Un profesor parisiense  
dedicado á los estudios  
naturales inventó  
cierta colección de Untos,  
que aplicados á las fieras  
más bravas de entrambos mundos,  
sumisas, como corderos,  
las manifestaba al vulgo.  
—Mirad estos animales—  
repetía á sus alumnos,  
—cómo pierden la fiereza  
apenas sienten el jugo  
de la civilización:  
habitan y comen juntos  
sin rencillas, ni camorras,  
sin quimeras, ni disturbios,  
gracias á la aplicación  
de estos científicos Untos,  
fraternizando la ciencia  
lo que natura no pudo,

Cada día iba aumentando  
en sus aulas el concurso,  
cada vez más se alababa  
la excelencia de los Untos.  
«Se resolvió el gran problema».  
Dijeron varios ilusos.  
«La ciencia y las artes pueden  
»con su poderoso influjo  
»á las leyes naturales  
»marcarles distintos rumbos».

Como los necios abundan,  
y es infinito su número,  
esta extravagante idea,  
este repugnante absurdo  
es una bola de nieve,  
que crece siempre en su curso.

Mas, cual los enfermos crónicos  
que se acostumbran al uso  
de algunos medicamentos  
concluyendo por ser nulos,  
las fieras se acostumbraron  
al veneno de los Untos,  
terminando por no hacer  
en ellas efecto alguno.  
Y en vez de fraternizar  
y de darse abrazos mutuos,  
los instintos se despiertan  
terribles, feroces, brutos,  
y sus aguzadas armas  
ponen en constante uso.



Allí penetran un día  
el profesor y otros muchos,  
para admirar la gran obra  
de su talento fecundo:  
mas los animales fieros  
cércanlos por todos puntos,  
y de la horrible hecatombe  
no escapó siquiera uno.

*Aplicad bien este ejemplo,  
Doctores de nuevo cuño.  
La Fraternidad impuesta  
por los políticos usos,  
más bien que fraternidad  
es un mito, débil humo,  
que cuando desaparece,  
produce esos mismos frutos.*

---

LA MONA FILÓSOFA Y SUS HIJOS.



Era una mona, que á sus tres Monillos,  
caros retoños de su propia vida,  
rígida educa con prolijo esmero  
en la gimnasia.

Árboles altos, aulas de la escuela  
son, y columpios y trapecios libros,  
donde lecciones de su Madre misma  
plácidos toman.

Díjole al Hijo que nació primero.  
—Salta á un columpio; pero ten presente,  
éste la cuerda por su parte baja  
tiene podrida.—

Brinca el Monillo, quiébrase la cuerda;  
pero cogiendo diestro con las manos  
ambos extremos, se suspende, y hace  
mil monerías.

Dijo la Mona.—Bien: has demostrado  
deste principio la certeza suma,  
pútridos daños que de abajo surgen  
pueden cortarse.

—Hijo querido,—díjole al segundo.  
—Sube á este otro; pero no te olvides,

tiene los lados en su parte media  
muy corrompidos.—

Él obedece; mas la cuerda cruje,  
rómpese, y ágil hace un nuevo esfuerzo,  
coge ambas puntas, se sostiene y obra  
muchas monadas.

Dijo la Madre.—Claramente pruebas  
que con esfuerzos y cabeza firme  
córtase el daño, cuando solo ocupa  
parte del cuerpo.

Como si fueran de cautchuc las carnes,  
ambos prodigios tales ejecutan,  
que á la Maestra, que extasiada mira,  
causan asombro.

Pero el Redrojo, ávido de fama,  
sin que preceda mandamiento alguno,  
brinca á un columpio, cuya cuerda tiene  
la podredumbre  
por el extremo superior: en vano  
quiere ligero de la ramas asirse;  
antes la cuerda rómpese, y el Mono  
cae en honda sima.

Cuando su Madre con dolor profundo  
vé la desgracia, sin consuelo exclama.  
—La podredumbre que de arriba parte,  
guía al abismo.

*Si al organismo, que social se nombra,  
tales axiomas con rigor se aplican,  
todos clamemos trémulos de espanto:*

*«no tiene cura».*

## EL PERRO Y LA OVEJA.



Basto Perro de casta indefinida,  
 gracias á un centenar de cruzamientos,  
 era de un coto el guarda principal.  
 Teniendo las cavernas por guarida,  
 pella escasa de mijo por sustento,  
 vida pobre pasaba el animal.

Una Oveja, cual muchas descarriada,  
 impelida por gástrico apétito,  
 la línea de la linde traspasó;  
 pero sin que tocase á la vedada  
 fruta la Oveja, nuestro Can maldito  
 refunfuñando, el paso le atajó.

Quiere volver atrás; no lo consiente  
 el famélico Can. Ruega, suplica;  
 mas él le contestó con acritud.

—Imploras mi clemencia inútilmente,  
 tu crimen es atroz, tu carne rica:  
 proteger al ladrón nunca es virtud.—

—¡Ladrón y criminal! Yo no he tomado  
 ni la yerba más vil de tu dehesa,  
 ni al guarda, ni al señor nunca ofendí.—

—No importa.—Dijo el Can mal humorado.

—Yo, Oveja, te declaro buena presa,  
 traspasaste la linde y te cogí.

Para probar tu crimen, basta eso.—  
—Tu cerebro, mal Perro, no está en caja.  
¿Eso un crimen? Jamás; no puede ser.—  
—Tú serás la que tienes poco seso:  
nuestras leyes ¿qué son? Una rodaja  
que los vientos voltean á placer.

¿Manda el Poniente? Hacia Poniente gira:  
¿manda el Levante? Hacia Levante rueda:  
pasa igual con el Norte y con el Sur:  
por su propio interés cada cual mira,  
y cada cual cuanto le estorba veda,  
y á su enemigo aplica la segur.

Anda pues; si no quieres que te arrastre.—  
—¿Dónde tu mala voluntad me lleva?  
¿Por qué descaminado siempre vas?—  
—Porque tienen mis tripas poco lastre,  
y fuera de camino está la cueva,  
donde el lastre, que falta, les darás.—

Esto dicho, cogióla del morrillo,  
y á su guarida la llevó arrastrando.  
Cualquiera puede adivinar el fin,  
que de un Perro probado haya el colmillo,  
sin el tiempo perder reflexionando,  
ni calentarse nada su magín.

*¡Cuántos tunos, lector, vulgo empleados,  
lo mismo en capitales, que en aldeas,  
lección á nuestro Perro pueden dar!  
Los descuidos traducen por pecados,  
y tienen como gajes y preseas,  
las ovejas, que logran desollar.*

## LAS PALANCAS DEL SUFRAGIO.

Á pacífica nación,  
para librarla de mal,  
tras una revolución  
le metieron de rondón  
el Sufragio Universal.

Un Escritor afamado  
con ribetes de poeta,  
domócrata exagerado,  
proyectó ser diputado,  
sin tener una peseta.

Él principió á recorrer  
los pueblos de su distrito,  
sin quererse convencer,  
que en política es delito  
exigir, sin ofrecer;  
pues desde el tiempo de Adan  
hasta el día, ni un segundo  
ha prescrito aquel refrán,  
que practica todo el mundo  
de que *sin el din no hay dan.*

Á un opulento Banquero  
tiene por competidor,  
que de progresista fiero  
pasó á ser conservador  
apenas tuvo dinero.

Avaro hasta el heroismo  
no se dió un punto de ocio,  
comprendiendo que es lo mismo  
la palabra patriotismo,  
que la palabra negocio.

También éste recorría  
el distrito; pero en vano.  
El pueblo le aborrecía,  
motejaba, y repelía  
con un desdén inhumano.

Quiso retirarse; pero  
un amigo Tabernero  
le dijo:—ten corazón;  
á pesar del mundo entero  
te ganaré la elección.—

—¿Qué dices? ¿hablas formal?—  
gritó el Banquero.—Sí tal.  
Tú tendrás las puertas francas:  
sé manejar las Palancas  
del Sufragio Universal.

Yo pondré, como proemio,  
mi gremio todo á tu lado:  
tanto el sistema le ha alzado,  
que, contando con mi gremio,  
casi está el camino andado.—

—Quiero llegar á la loma.  
¿Cómo ese casi se quita?—  
preguntó el Banquero.—Toma—  
dijo el amigo—con guita  
se refuerza la maroma.—

Gracias á la inspiración  
del insigne Tabernero,  
fué diputado el Banquero  
corrompiendo la opinión  
el alcohol y el dinero.

Al Escritor liberal  
sorprendió tal maravilla  
del Sufragio Universal,  
y en un diario local  
interpoló esta quintilla.

«*Teniendo dinero á mano*  
»*y las tabernas abiertas,*  
»*el déspota más tirano*  
»*franqueará todas las puertas*  
»*del Sufragio Soberano.*»

---



## LAS DOS PERDICES.



Una Perdíz del campo  
acercóse á una jaula,  
donde arrogante levantando el cuello  
otra Perdíz cantaba.

Díjole la primera  
á la segunda:—calla,  
¿por qué ese canto seductor, traidora,  
á todos vientos lanzas?—

—Porque sin miedo busco—  
contestó la enjaulada  
—hembras ardientes que adorar y machos,  
que quieran disputarlas.

Probaré con denuedo  
á toda esta comarca,  
que en asuntos de amores y de riñas  
llevo á todas ventaja.—

Replicó la del campo.  
—¡Oh! ¿Tú que vales? Nada.  
¿Qué papel representas? Eres solo  
una farsante.— —Basta:—

la otra dijo.—¿Me insultas?  
Si á tu lado me hallara  
repetir en tu vida no pudieras  
tan infames palabras.

Muere de envidia. Veme  
en mi dorada casa  
gozando de alimentos exquisitos,  
sin que me falte nada.

Mijo, trigo y alpiste  
puedo tener por cama,  
y en mi verdoso pasto siempre abundan  
lechugas y cerrajas.—

—¡Ah! ¡oh!,—la campesina  
con triste voz exclama.  
—Á tu raza inocente, en cambio, vendes,  
y ayudas á extirparla.

Cuando estás en el tanto,  
y á singular batalla  
á toda nuestra casta desaffias,  
nos burlas, y te engañan.

Eres, cual monigote,  
que sirves de añagaza  
á cobarde asesino, que emboscado  
apunta, tira y mata.

En tanto tú no sientes  
la abominable hazaña,  
y creyendo ganar una victoria  
con más orgullo cantas:  
y sigues recibiendo,  
y caen en la celada

hasta los más valientes adalides,  
cabos de nuestras bandas:  
y la traición reiteras  
por tarde y por mañana  
de buena fe quizás. — — Sí. — dijo triste  
la Perdíz de la jaula.

— Yo aprecio á mis hermanos,  
yo quiero á mis hermanas;  
pero engañada, como muchos, vivo  
en mi dorada estancia.

*¡Oh! ¡Cuántos inocentes  
en jaulas de oro cantan  
sin conocer el daño, que producen  
sus cantos á la patria!*

*Á diestros cazadores  
prepáranles la caza,  
y, sin perder la buena fe, se portan,  
como perdíz de jaula.*

---

LXV.

# LAS PALOMAS.



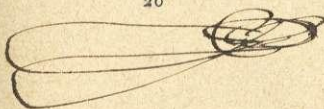
Muchas Palomas  
salen de Túnez,  
cortan los aires,  
bajan y suben  
en pos de un Jefe,  
que las conduce  
á un país libre  
de clima dulce,  
do no hay milanos,  
que las asusten,  
ni halcones fieros,  
que las trituren,  
siguiendo todas la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

Llegan á un monte.  
Desde la cumbre  
fértiles campos  
ven, que seducen,  
do cristalinas  
las fuentes surgen.

Bosques gigantes  
también descubren,  
cuyos penachos  
tocan las nubes.  
Allí su Jefe  
se constituye  
prudente, oyendo la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

Para que nadie  
la dicha turbe,  
y paz augusta  
constante dure,  
á las Palomas  
todas reúne.  
Pasa revista;  
por si se encubren  
aves, que tengan  
malas costumbres,  
y con prestadas  
plumas se oculten.  
Esto le indica la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

Desordenadas  
todas concurren;  
pero á su Jefe  
ninguna aturde.  
Á los pichones  
mira, y descubre  
aves muy raras  
por su volumen,



su corvo pico  
y extraño buche,  
y al punto ordena  
que se estrangulen,  
obedeciendo la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

No faltan súbditas  
de cierto lustre,  
que esta medida  
lógica y útil  
por rigurosa  
se la censuren.

*Sensiblería,*  
vicio, que cunde  
por los cerebros  
que no discurren,  
pide, suplica,  
protesta, arguye,  
no consultando la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

No es el carácter  
del Jefe ductil,  
ni vencen tantas  
solicitudes.

Mil componendas  
trámanse y urden,  
porque el mandato  
no se ejecute.

Al gran Palomo  
nada confunde.

Siempre contesta.

—Todo es inútil.

Yo no desoigo la voz ilustre  
de la experiencia, madre que instruye.—

Unas opinan,  
que se desplumen,  
y que sus corvos  
picos fracturen.  
Otras proponen  
les descoynten  
aquellas garras,  
que al miedo inducen.  
Las más pretenden  
que las eduquen,  
y que á las leyes  
respeto juren.

Todas desoyen la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

Ante esto el Jefe  
ensancha el buche,  
y exclama echando  
sus ojos lumbre.  
—El aspid siempre  
veneno escupe:  
el fuego quema:  
el viento ruge:  
el sol se enturbia  
tras de la nube:  
y séres malos  
males producen,

como acredita la voz ilustre  
de la experiencia, madre, que instruye.

No las convence.

La turba fútil  
falsa y nociva  
piedad difunde.  
Contra el Palomo  
las más se unen,  
y al fin le niegan  
la servidumbre.  
Éste irritado  
álzase, y huye,  
chilla y repite  
con tono lúgubre.

—Es la experiencia, madre, que instruye  
¡ay de las necias, que la recusen!—

Nuevo gobierno  
se constituye  
de esos, que medran  
con el palustre.  
Las malas aves  
se reproducen,  
y el nuevo Estado  
fieras concluyen.

*Esas naciones  
que necias nutren  
los aguiluchos,  
que las consumen,  
si se aniquilan, y se destruyen,  
á la experiencia jamás acusen.*



## EL INVENTO DE MERCURIO.



En el Olimpo ocurrió,  
según cuentan, una vez,  
que la comida faltó,  
y Júpiter ayunó  
á pesar de su altivez.

El dios como zorro viejo,  
al faltar los suministros,  
arrugando el entrecejo  
al punto reunió en consejo  
á ministras y ministros.

Lector, diréte los nombres  
de aquel Ministerio todo.  
Compañanlo, no te asombres,  
dos damas y cinco hombres  
colocados de este modo.

Júpiter en medio: á un lado  
Venus, Saturno y el Sol:  
y al otro Mercurio alado,  
Marte, guerrero esforzado  
y Luna con su arrebol.

Era el oficio diurno:  
cada cual reinaba un día  
de la semana por turno,  
todos, incluso Saturno,  
manteníanse de ambrosía,  
aunque éste, por excepción,  
carne mezclara. El mastuerzo,  
antropófago y glotón,  
se engullía de un tirón  
cien chicos en un almuerzo.

Júpiter, de ira repleto  
desde el pie hasta la mollera,  
el Ministerio completo,  
sin distinción, ni respeto,  
se explicó de esta manera.

—El gobierno os compartí,  
porque no soy egoísta,  
de este globo, que vencí,  
y me pertenece á mí  
por derecho de conquista.

Pero veo con desdoro  
de mi fama singular,  
sin conciencia, ni decoro,  
hasta mi propio tesoro  
habeis llegado á agotar.—

—¡Qué iniquidad!—exclamaron  
los demás, con excepción  
de Mercurio, al cual miraron,  
riñeron y apostrofaron,  
como si fuera el ladrón.

Este reinaba aquel día.  
Abrió la caja diforme  
del tesoro de ambrosía,  
la cual solo contenía  
en su fondo un libro enorme.

Preséntaselo á los seis  
diciendo con desenfado.

—En este libro tendréis  
el timón, no lo dudeis,  
de la nave del Estado.—

Marte replicó muy grave.

—Haz una reseña fiel  
de esa prodigiosa clave.

¿Irá segura la nave  
con un timón de papel?

¿Dónde está aquí el numerario?—

—Supón la riqueza, feuda  
de un gran boliche usurario,  
y un inagotable erario  
será el libro de la deuda.

Si queremos derrochar  
sin trabas, ni reflexión,  
basta, para pagar,  
en sus hojas consignar  
de guarismos un renglón.

Con el Libro no hay cuidado,  
de que algún rudo vaivén  
rompa el timón del Estado:  
viviremos de prestado;  
mas lo pasaremos bien.—

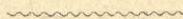
—¡Qué horror!—contestóle Marte.  
—¿Quién puede vivir así?  
Yo no acepto por mi parte;  
pero es ingenioso el arte,  
tan solo digno de tí.—

El invento desecharon  
en nominal votación;  
pero el ingenio encomiaron,  
y á Mercurio le otorgaron  
privilegio de invención.

Júpiter, al terminar,  
á pesar de su egoismo,  
dijo.—Prefiero ayunar,  
á tener que consignar  
en ese Libro un guarismo.

¡Pedir dinero prestado  
un Gobierno!.... ¡Qué locura!  
Jamás está autorizado  
para imponer al Estado  
las esposas de la usura.—

Razón tenía. *Es desdoro  
nacional de mal augurio,  
que el Estado, en vez de oro,  
solo guarde en el tesoro,  
el Invento de Mercurio.*



# ÍNDICE.

|                                                      | <i>Páginas.</i> |
|------------------------------------------------------|-----------------|
| DEDICATORIA. . . . .                                 | III             |
| PRÓLOGO. . . . .                                     | V               |
| AUTORIZACIÓN ECLESIASTICA. . . . .                   | 9               |
| I. El Manantial y el Río. . . . .                    | 11              |
| II. El Sauce y la Encina . . . . .                   | 23              |
| III. El Parlamento femenino. . . . .                 | 27              |
| IV. La Ciencia infusa. . . . .                       | 32              |
| V. La Tempestad y el Terremoto. . . . .              | 33              |
| VI. El Burro y el Lobo. . . . .                      | 34              |
| VII. El Gitano y el Compadre. . . . .                | 37              |
| VIII. La Montaña enferma . . . . .                   | 41              |
| IX. La Abeja y el Avispón. . . . .                   | 43              |
| X. La expedición científica. . . . .                 | 46              |
| XI. La Enseñanza libre. . . . .                      | 50              |
| XII. Los Librepensadores . . . . .                   | 54              |
| XIII. Los Monos y el Jaguar. . . . .                 | 56              |
| XIV. El alboroto en el hospital . . . . .            | 57              |
| XV. El Caballo, la Cebra y el Camello. . . . .       | 60              |
| XVI. El Jabalí y la Víbora . . . . .                 | 63              |
| XVII. El Filósofo y el Laurel. . . . .               | 66              |
| XVIII. Los dos Alcaldes. . . . .                     | 69              |
| XIX. La Abeja y la Avispa . . . . .                  | 70              |
| XX. Los Charlatanes y el Río. . . . .                | 73              |
| XXI. La Araña y las Moscas . . . . .                 | 77              |
| XXII. La campaña de los Monos . . . . .              | 80              |
| XXIII. El patriotismo animal. . . . .                | 83              |
| XXIV. Las Ratas. . . . .                             | 85              |
| XXV. El Propietario, el Microbio y la Viña . . . . . | 87              |
| XXVI. El Rey Midas y sus Magnates. . . . .           | 89              |
| XXVII. Los cuatro Edificios . . . . .                | 91              |
| XXVIII. Las Aves caseras. . . . .                    | 96              |
| XXIX. El amor libre. . . . .                         | 101             |
| XXX. El Erizo y la Castaña. . . . .                  | 106             |
| XXXI. Los Peces entre dos aguas . . . . .            | 107             |

|                                                  | <i>Páginas.</i> |
|--------------------------------------------------|-----------------|
| XXXII. El Inglés y el Farolón. . . . .           | 109             |
| XXXIII. El Cacique y el Burro. . . . .           | 111             |
| XXXIV. El pleito. . . . .                        | 114             |
| XXXV. Los Toros y los Lobos. . . . .             | 116             |
| XXXVI. El Águila y la Culebra. . . . .           | 119             |
| XXXVII. La Araña y sus Hijos . . . . .           | 121             |
| XXXVIII. Las dos Reinas y el Raciocinio. . . . . | 123             |
| XXXIX. El Roble y los Hongos. . . . .            | 128             |
| XL. El Jurado artístico. . . . .                 | 130             |
| XLI. La Higuera diplomática. . . . .             | 133             |
| XLII. Los dos Chacales. . . . .                  | 137             |
| XLIII. El Talismán de las mayorías. . . . .      | 140             |
| XLIV. El Sapo y el Grillo. . . . .               | 143             |
| XLV. La Papelera y los Ratones . . . . .         | 144             |
| XLVI. El Potro á la moderna. . . . .             | 147             |
| XLVII. La Zorra y las Gallinas. . . . .          | 150             |
| XLVIII. El Águila y el León. . . . .             | 153             |
| XLIX. El Gavilán y la Liebre. . . . .            | 156             |
| L. Las dos Velas. . . . .                        | 158             |
| LI. La elección de Rey consorte. . . . .         | 160             |
| LII. El Abogado injusto. . . . .                 | 164             |
| LIII. El Domador y las Fieras. . . . .           | 167             |
| LIV. El Perrito faldero . . . . .                | 170             |
| LV. El Loro sabio. . . . .                       | 172             |
| LVI. El Tigre, el Oso blanco y Fauno. . . . .    | 173             |
| LVII. Los Cucañeros . . . . .                    | 177             |
| LVIII. El Diamante y el Abejorro. . . . .        | 180             |
| LIX. Los dos Ejemplares. . . . .                 | 184             |
| LX. Los untos de la fraternidad. . . . .         | 187             |
| LXI. La Mona filósofa y sus Hijos . . . . .      | 190             |
| LXII. El Perro y la Oveja. . . . .               | 192             |
| LXIII. Las palancas del Sufragio . . . . .       | 194             |
| LXIV. Las dos Perdices. . . . .                  | 197             |
| LXV. Las Palomas. . . . .                        | 200             |
| LXVI. El invento de Mercurio. . . . .            | 205             |



## ERRATAS.

---

| <u>PÁGINAS.</u> | <u>LÍNEAS.</u> | <u>DICE.</u> | <u>LÉASE.</u> |
|-----------------|----------------|--------------|---------------|
| 40              | 21             | les          | le            |
| 52              | 6              | Si           | si            |
| 52              | 28             | explequeis   | expliqueis    |
| 54              | 2              | mientras     | mientras      |
| 58              | 18             | desfienden   | defienden     |
| 59              | 10             | sociedad     | sociedad      |
| 61              | 5              | polpes       | golpes        |
| 67              | 5              | los          | lo            |
| 68              | 14             | incienso     | inciensa      |
| 80              | 20             | prensil      | prehensil     |
| 89              | 12             | señores,     | señores.      |
| 89              | 13             | para         | Para          |
| 102             | 8              | compañeros   | compañeras    |
| 106             | 10             | fuelle       | fuerte        |
| 152             | 15             | dinero       | dineros       |
| 167             | 20             | su           | en            |
| 191             | 20             | ramas        | rama          |

---











